BABEL

Revista de Arte y Crítica

HOMENAJE A VICENTE PEREZ ROSALES

EN EL CENTENARIO DE «EL MOSAICO»

NOVIEMBRE - DICIEMBRE, 1946

CeDInCI

SUMARIO:

González Vera	Vicente Pérez Rosales
Ernesto Montenegro	Los recuerdos del pasado
Luis Franco	San Martín y un testimonio chileno
Armando Lira	Pérez Rosales, Pintor
Laín Diez	Pérez Rosales, Minero
Euclides Guzmán	Cuando en Chile se prefabricaban casas
Enrique Espinoza	Reconocimiento argentino

Indice alfabético del volumen ix

Santiago 36 *de Chile*

ALGUNOS NUMEROS ESPECIALES DE BABEL

N.° 18.—HOMENAJE A W. H. HUDSON

ENRIQUE ESPINOZA / *La reconquista de Hudson.*— LUIS FRANCO / *Hudson en la Pampa.*— MANUEL ROJAS / *El animismo de Hudson.*— ERNESTO MONTENEGRO / *Hudson, novelista de la Naturaleza.*— HERNÁN GÓMEZ / *Por el rastro de Hudson.*— CIRO ALEGRÍA / *Una lección de Hudson.*— *Páginas escogidas de Hudson.*

N.° 26.—SOBRE LA CUESTION JUDIA

WALDO FRANK / *El judío en nuestro tiempo.*— B. SANÍN CANO, ERNESTO MONTENEGRO, ARTURO CAPDEVILA, J. GARCÍA MONGE, VÍCTOR SERGE / *Sobre la cuestión judía.*— JEAN MALAQUAIS / *Marianka* (cuento).— GUSTAV REGLER / *Los niños del Ghetto* (versos).— JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI / *El renacimiento judío.*— ENRIQUE ESPINOZA / *Mester de Judería.*

N.° 28.—LA GENERACION DEL AÑO VEINTE

CARLOS VICUÑA / *El año veinte.*— SANTIAGO LABARCA / *La generación del año 20.*— EUGENIO GONZÁLEZ / *Juventud veinteañera.*— DANIEL SCHWEITZER / *Juan Gandulfo.*— MANUEL ROJAS / *Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas.*— GONZÁLEZ VERA / *Estudiantes del año 20.*— ENRIQUE ESPINOZA / *Colofón.*

N.° 34.—HOMENAJE AL PUEBLO ESPAÑOL

En el décimo aniversario de su resistencia

ARTHUR KOESTLER / *La sedición.*— LUIS FRANCO / *Don Paquito.*— ENRIQUE ESPINOZA / *Conciencia histórica.*— JUVENCIO VALLE / *Laurel a Pasionaria.*— MANUEL ROJAS / *Diez años.*— BERNARDO CLARIANA / *Oídlos cantar por la Casa de Campo.* — VINCENT SHEEAN / *El último voluntario.*— MAURICIO AMSTER / *La rama y el retoño.*

N.° 38.—HOMENAJE A HORACIO QUIROGA

(En preparación)

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO
Pasaje Matte 88 - Tel. 66727
TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL

LIBRERIA NASCIMENTO
San Antonio 240 - Tel. 32062
LAS MEJORES EDICIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —
Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126
LIBRERÍA.—SALA DE EXPOSICIONES

DISPONIBLE

LIBRERIA EL SEMBRADOR
Pasaje Matte 29 - Tel. 86240
LIBROS Y REVISTAS EN INGLÉS: LITERATURA PARA NIÑOS, LIBROS TÉCNICOS NOVEDADES EN ESPAÑOL

LIBRERIA PLUS ULTRA
(Ex-Librería Ercilla)
Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 9351
LIBROS EN TODAS LAS RAMAS DEL SABER HUMANO

LIBRAIRIE FRANCAISE
Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.
LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS. EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS LAS NOVEDADES

LIBRERIA SALVAT
Agustinas 1043 - Tel. 84734
LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA GENERAL

LIBRERIA LA OCASION
San Diego 125 - Tel. 89608
LIBROS RAROS, EDICIONES CHILENAS AGOTADAS

DISPONIBLE

LIBRERIA MEXICO
Bandera 445 - Tel. 88118
EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIAS SPLENDOR
SANTIAGO — *B. O'Higgins 1626* — *Teléfono 89145*
VALPARAISO — *Independencia 2042* — *Teléfono 7168*
LOS MEJORES Y MÁS RECIENTES LIBROS DE FORMACIÓN RELIGIOSA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058, 2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

Amunátegui, Domingo,
La revolución de la Independencia. ..... $ 40.-

Amunátegui, Domingo,
Mi última lección de historia .. 40.-

Donoso, Ricardo,
Estudios de Historia Política y Literaria 65.-

Housse, Rafael,
Las aves de Chile en su clasificación moderna 150.-

Huneeus, Gana,
Nueva Paz. Imperialismo o Democracia 150.-

Marín B., Raúl,
Pascua o Rapa Nui 50.-

Marshall, Enrique,
La Ciencia de la Economía, 2.a edición. 2 tomos ..... $ 160.-

Orrego Vicuña, Benjamín,
Páginas Escogidas. Ed. de lujo 40.-

Pinilla, Norberto,
Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral 10.-

Pinilla, Lago y Rojas,
Panorama literario de 1842 ... 15.-

Pinilla, Norberto,
Controversia filológica de 1842. 40.-

Pinilla, Norberto,
Biografía de Gabriela Mistral. 20.

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

EL ULTIMO EXITO LITERARIO

EL DICCIONARIO DE «EL ENTROMETIDO»

por Vicente Pérez Rosales

Selección y ensayo crítico sobre el autor por

GUILLERMO FELIÚ CRUZ

Precio $ 50.—

EDITORIAL DIFUSION CHILENA

Santo Domingo 1114 SANTIAGO *Casilla 1071*

EDITORIAL LOSADA Ltda.

San Antonio 99 *Casilla 3769*

Santiago de Chile

SERVICIO DE NOVEDADES

ENCICLOPEDIA DE LA EDUCACION MODERNA
HARRY RIVLIN y HERBERT SCHUELER. *Traducción directa del inglés de* LORENZO y CARLOS LUZURIAGA.
El más completo y amplio panorama de la ciencia y la práctica de la educación en todas sus manifestaciones.

LEYES PENALES COMENTADAS DE LA REPUBLICA ARGENTINA
DRS. JUAN JOSÉ MEDIANO, LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA y JOSÉ PECO.
Síntesis magnífica y ordenada de la legislación penal y procesal argentina, con amplia jurisprudencia. Obra de gran valor para nuestros profesionales.

LA POESIA DE LA SOLEDAD EN ESPAÑA
KARL VOSSLER
Panorama de la poesía española desde la Edad Media hasta la declinación del Siglo de Oro, desarrollado con la maestría y sapiencia del gran hispanista.

LA POESIA FRANCESA — DEL ROMANTICISMO AL SUPERREALISMO
Antología ordenada por ENRIQUE DIEZ-CANEDO
Una historia cabal de la lírica moderna francesa superior a todo lo publicado hasta el momento, con datos biográficos sobre cada autor.

EL CONCEPTO CONTEMPORANEO DE ESPAÑA
Antología de Ensayos (1895-1931) ANGEL DEL RÍO y M J BENARDETE
Panorama completo de este período capital del pensamiento y de la literatura española.

LA DIVINA PROPORCION
LUCA PACIOLI
Compendio de los conocimientos renacentistas relativos al problema matemático y estético que su título expresa. Interesa al historiador, al matemático, al arquitecto y a todo hombre de cultura.

Consulte nuestro Departamento de Créditos
amplias facilidades de pago
a sola firma

CONOZCA SU PAIS.

VIAJE POR

FERROCARRIL

OPTICA MAIER

OPTICO AUTORIZADO

SE DESPACHAN RECETAS DE LOS MEDICOS OCULISTAS

AGUSTINAS 853, ENTRE ESTADO Y SAN ANTONIO

Tel. 31145 *SANTIAGO* *Casilla 4163*

A L H U E

por JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA

$ 25.—

EN LAS PRISIONES POLITICAS DE CHILE

cuatro evasiones novelescas

por CARLOS VICUÑA FUENTES

$ 25.—

ANTOLOGIA DE POETAS CHILENOS

por SERGIO ATRIA

$ 25.—

EN PRENSA:

COLECCION

RESIDENCIA EN LA TIERRA

Obra poética de PABLO NERUDA

Director: Juvencio Valle

Edición limitada para los suscritores de

Cruz del Sur

Editorial Cruz del Sur

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE

Librerías Cruz del Sur

Bandera 445 — *Teléfono 88118* — *Santiago*

Esmeralda 1068 — *Teléfono 6212* — *Valparaíso*

CeDInCI

COLABORADORES

González Vera. Es autor de un minucioso estudio acerca de la vida y obra de Baldomero Lillo y de muchos otros de carácter íntimo como el aparecido en el número 31 de Babel sobre Gabriela Mistral.

Ernesto Montenegro. Véase asimismo su ensayo «Integridad de Baldomero Lillo» en el número 22 de Babel y «A buen Sarmiento mala podadera», en el número 30. La breve introducción que publicamos sobre los *Recuerdos del pasado* pertenece a un largo estudio sobre «La vida andariega de Pérez Rosales».

Luis Franco. Autor de «El otro Rosas» y «El general Paz y los dos caudillajes», aparte de «Walt Whitman, el pioneer» (en el número 13), «Vida y muerte de Trotsky» (en el número 15) y «Hudson en la Pampa» (en el número 18).

Armando Lira. Pintor chileno de vasta ilustración. Sus cuadros figuran en varios museos de América. El presente artículo sobre «Pérez Rosales, dibujante y pintor» es su primera contribución a Babel.

Laín Diez. Ingeniero de minas. Autor de numerosos trabajos de índole sociológica como «Raza calumniada» en el número 23 y de una evocación del maestro Pedro Godoy en el número 26.

Euclides Guzmán. Joven cuentista chileno de la nueva generación. Acaba de regresar de un viaje de estudio por los Estados Unidos, donde ha escrito el breve artículo sobre Pérez Rosales en conexión con su especialidad.

Enrique Espinoza. Véase su extenso estudio sobre «La escuela de Sarmiento» en los números 13 y 14 de Babel, donde analiza el espíritu de la proscripción argentina en Chile a través del más representativo de sus creadores.

En nuestra próxima entrega:

James T. Farrell / La cuestión social en el realismo americano.
Emilio Oribe / La esfera del canto (sonetos).
Axel Stern / El existencialismo contra la existencia.
Mauricio Amster / Los aforismos de J. G. Seume.

CeDInCI

BABEL

Revista de Arte y Crítica

Aquí se confunde el tropel
de los que a lo infinito tienden
y se edifica la Babel
en donde todos se comprenden.

Rubén Darío

1946

Santiago de Chile

VOLUMEN IX
NUMERO 36

Dícese con bastante razón, pero no con toda ella, que los viejos viven de recuerdos y que adolecen de la manía de encontrar malo todo aquello que no se asemeja a lo que ocurrió en sus verdes años. A mí no me tocan las generales de esta ley, porque para mí lo bueno no envejece, ni dejo ahora de acatar lo nuevo siendo bueno, con todo el ardor de mis primeros años.

Vicente Pérez Rosales

VICENTE PEREZ ROSALES

Empresa Editora Zig-Zag, S. A., publicó, bajo la dirección del escritor J. S. González Vera, una nueva edición de "Recuerdos del Pasado" de este autor.

González Vera

Vicente Pérez Rosales

I

Una tarde llegó a la casa «un militar rechoncho, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, pescuezo corto, cara expresiva y anchos bigotes castaños».

Farfulló:

«— ¡Busco a doña Mercedes Rosales, y es lástima que sea tan guapa moza esa insurgente!... ¡Vamos, no perdamos tiempo!

»Intimada la orden de rendición a la madre querida, junto con el ademán de asirla de un brazo, Carlos y yo, dando alaridos, nos lanzamos sobre San Bruno, quien, de un solo revés al proseguir su marcha, tendió a los dos pobres niños sobre las piedras del patio.»

Así se desenvuelve la niñez de Vicente Pérez Rosales, que nació en Santiago, el 5 de Abril de 1807.

Con el triunfo de Osorio don Juan Enrique Rosales, su abuelo materno, y su tía Rosario fueron confinados a las islas de Juan Fernández. Su padre político, don Felipe Santiago del Solar, hombre muy rico, fué asediado con préstamos, contribuciones y donativos forzosos.

Llega, por fin, la batalla de Chacabuco y los chilenos sienten esa embriaguez que sólo produce la libertad. La casa de los Rosales cobra vida, se barnizan los muebles, se pinta todo, se colocan guirnaldas, se dispone de un inmenso comedor para reunir a los héroes. Concurren San Martín, O'Higgins y el estado mayor formado por chilenos, argentinos, uruguayos y franceses. A cada brindis las copas son arrojadas al suelo y hechas añicos. El entusiasmo crece y tras las copas van los vasos, las botellas y cuanto es frágil.

El desastre de Cancha Rayada empavorece los ánimos. Todos huyen. Los Rosales atraviesan los Andes y se asilan en Mendoza, «y como en aquel pueblo hubiese un escolón que, por ser único, tenía sus sombras y dejos de colegio a él fuimos a parar». Durante su estancia en esa ciudad asiste al fusilamiento de Luis y Juan José Carrera.

II

Cuando se afianza la independencia, la familia retorna al viejo hogar. Vicente pudo ser educado «en el mejor colegio particular de Santiago», educación acrecentada «con las lecciones particulares o privadas que [su padrastro] pidió me dieran los mejores maestros de entonces... Del colegio salí balbuciendo el francés como para hablarlo y leerlo con mediana desenvoltura. Su perfección la alcancé de mi madre como la del inglés debida a un maestro privado. El primer libro que leí en este idioma fué uno de Johnston...»

Lo ayudó el ambiente familiar. El abuelo paterno dejó una historia de Chile. Su padre, don José Joaquín Pérez que «murió joven y de tisis», agregaba al conocimiento del francés y el inglés, una cultura general. El abuelo materno fué voraz lector. Su padrastro figuraba entre los hombres más ilustrados de su época. Y su madre tenía una instrucción que entonces ni siquiera era común entre las mujeres de Europa, según testimonios de viajeros ilustres.

Vicente Pérez Rosales, en 1821, era «un muchacho alto, flaco y de aspecto enfermizo».

Una tarde, mientras su madre estaba sentada junto a Lord Spencer, comandante de la fragata británica *Owen - Glendower* él desgolletaba botellas de rapé que su abuelo había suspendido en la pared del jardin para someterlas a la acción del sol.

Su madre, impaciente, le gritó:

— ¡Mira, Vicente, que ya me tienes cansada!

El comandante lo observaba sonriente. Más tarde pidió a doña Mercedes le confiara el niño para llevarlo en su fragata.

En la noche, en consejo de familia, se habló de la proposición. Ella se opuso guiada acaso por ese instinto, más certero y rápido que la inteligencia, que suelen tener las mujeres. Don Felipe consideró que la ausencia del hogar disciplinaría su carácter un tanto díscolo. Y aceptó.

Lord Spencer era primo de esos atormentadores de niños que figuran en las novelas de Dickens. Lo llevó consigo, pero a los pocos días de navegación echólo a vivir con los marineros de proa y prohibió a sus oficiales que le hablasen. Después de mes y veinte días la fragata arribó a Rio de Janeiro y el muchacho fué desembarcado y abandonado en Playa Grande.

«¡Lo que son los muchachos! Harto de plátanos, de guayabas y de caña dulce que una negra vieja me enseñó a mascar, dormí aquella noche en el suelo y entre mis nuevos compañeros (esclavos) como hubiera podido dormir en la más mullida cama!»

Un marino compasivo dió aviso al Cónsul inglés antes de regresar a la fragata. Al siguiente día el cónsul, un caballero español y otro chileno vinieron por él y disputaban sobre cuál de los tres tenía mayor derecho a correr con su atención.

Aunque no se altera su sentido alegre de la vida, desde la mala acción de Lord Spencer no deja de mirar con prevención cuanto huele a inglés. Recuerda que buques británicos hundieron una nave norteamericana en aguas chilenas, que los mayordomos de barcos mercantes reciben propinas, que en Londres cobran una libra por saludo.

Mientras permanece en Río su curiosidad lo lleva a todos los sitios. Dibuja. Habla con horror de la esclavitud, de la crueldad de los mayorales, de la venta de negros y del envilecimiento a que eran sometidos. Cada vez que en su larga vida debe referirse a la *esclavatura*, vocablo que prefiere emplear talvez por su parecido al equivalente portugués, pónese violento.

Dos años después, en 1823, por mediación de María Graham, que le ha cobrado gran afecto, es traído a Chile a bordo de la fragata *Doris*, también de la marina inglesa. Es

posible que la escritora inglesa le diera clases de dibujo en Rio o en el barco. Fuera de ésta, del oficial Mac Donald y de Darwin, a quien respeta por su sabiduría, no hay otro británico que le arranque elogios.

III

Al llegar a su tierra, «comenzaba mi mente a gozar de bastante independencia para permitirme motejar preocupaciones o reirme de ellas». Este programa lo cumple con exceso desde entonces.

Confiesa su simpatía «por la vagancia y las cosas ignotas», simpatía que no lo dejará sentar pie en ningún lugar sino por breves períodos. La venida de naves francesas e inglesas a las costas chilenas despierta en los criollos el anhelo de conocer Europa.

Ofrece Francia pasaje gratis en sus naves de guerra a los jóvenes de familias pudientes que deseen hacer estudios en París. El 16 de Enero de 1825 el transporte *Moselle* salía para el Havre repleto de estudiantes. Con ellos iba Pérez Rosales. Desde entonces hízose costumbre titularse en Francia, al menos entre las familias ricas. Los más seguían leyes. Hasta individuos que tenían trazado su porvenir como dueños de latifundios, en vez de agronomía, estudiaban derecho. Era la especialidad del caballero y quizás una tradición heredada de España donde también se lo estudia, sobre todo para no ejercerlo.

El francés se convirtió en idioma auxiliar y hasta 1914 era rara la persona educada que no pudiera seguir una conversación en esa lengua. La última guerra ha desplazado el francés en beneficio del inglés, idioma que la gente aprende con pasión, no para hablar de literatura ni para tratar asuntos espirituales, sino para ganarse mejor la vida.

Pérez Rosales había sido «educado con una severidad que no era ciertamente la corriente, pero ella sola era capaz de dar buenos frutos. Siempre creyeron mis mayores que de mí podía obtenerse un matemático, un ingeniero, un agrimen-

sor». Sin embargo, él no tenía en vista hacerse profesional. Cuando se embarcó, su cultura general lo singularizaba entre los jóvenes aristócratas.

En París ingresa al colegio del presbítero Prado y el matemático Vallejo, «a quien debo, junto con mi afición a las ciencias exactas, las pocas nociones que tengo de ellas.»

«Habíame cobrado singular cariño;...» y lo invitaba a excursión por los contornos de la ciudad para adiestrarlo en el levantamiento de planos, pero, por desgracia, Vallejo trabajaba hasta el alba las más de las veces y fué perdiendo su salud y equilibrio. Dió en la manía de creer que había descubierto un para - temblor y, finalmente, enloqueció.

Cuando Silvela fundó el liceo hispano - americano, Pérez Rosales entró en éste y trabó estrecha amistad con don Leandro Fernández de Moratín, que enseñaba literatura. Además de asistir a sus clases, lo visitaba. En «tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios». Apenas Moratín se imponía de su contenido colocábalos en un sobre, que cerraba, y se lo devolvía diciendo:

«Te prohibo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerlo y tu mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío.»

«Hice odas, epitalamios, quintillas, y hasta fáciles y sonoras octavas... Pasada la temporada de los versos, hice prosa en estilo cervantesco, y díme a imitar los escritores del siglo de oro. Nada publiqué en Europa en aquel tiempo y en Chile, después de mi llegada, tampoco.»

En sus conversaciones con Moratín, éste le confesó que suya era *La derrota de los pedantes*. El 21 de Junio de 1828 Moratín moría en sus brazos.

Pérez Rosales alternó sus estudios con el teatro. Conoció con pormenores cuántos había en París y hasta le cupo la suerte de asistir a la primera representación de *Hernani*. De los artistas que conociera, es la Malibrán a quien más aplaude. Leía clásicos españoles, obras científicas, visitaba

viñedos, bodegas y hacía toda suerte de observaciones que anotaba en su libro de apuntes. Hasta del clima se ocupaba. Anotó los grados de frío que experimentó en París en 1827, dato que años después le serviría para probar que el frío cordillerano es menor.

Presenció la revolución contra Carlos X y le causó admiración que los desarrapados parisienses, al entrar al palacio vacío del rey depuesto, no robaran ni destruyeran, salvo los bustos del monarca cazador.

IV

En los últimos meses de 1830 dió término a sus estudios y partió a Burdeos a fin de venirse a Chile.

Quiso partir en el *Petit Louise* y luego en el *Newcastle*, pero en ambos se le niega pasaje. Lo consiguió en el *Carlos Adolfo*. Los barcos anteriores naufragaron al pasar Las Canarias.

La navegación no es agradable. Pérez Rosales lo disimula reparando en los peces que van junto al barco, en el sargazo que «es un tesoro para el naturalista por la multitud de curiosísimos peces, jaibitas y moluscos que viven en él»; describiendo el pampero, a la altura de Montevideo, que los hace correr «a palo seco un deshecho temporal durante nueve días».

¿Fué en este viaje cuando visitó Montevideo y anduvo por el Chaco?

Pasa el Cabo con tiempo vario, pero al dejar atrás la isla de Diego Ramírez, «un esfuerzo repentino del viento tronchó la verga de nuestro palo mayor y la arrojó con tanta violencia sobre la cubierta del buque, que turbado el timonel, casi nos pierde para siempre». Dos días más tarde pudieron recalar en las islas Malvinas, en donde dirige otra saeta contra los ingleses por haberlas ocupado en 1833 sin derecho ninguno.

V

En la capital fué recibido como héroe joven: enseñó los nuevos pasos de cuadrilla, contó anécdotas y escribió versos

en los álbumes de las doncellas. Mas, su familia había empobrecido y resolvió arrendar el fundo Boldomávida para ganar su pan.

«Rivalicé con los más poderosos jinetes en el manejo del caballo y el lazo; madrugué antes que el lucero; trabajé como trabajan los machos de carga; me lloví; me asoleé; dormí en el suelo; y al cabo de dos años... salí con sólo lo encapillado», pero comprueba que el frejol rinde ciento por uno, que «el almendro, sembrado en pepitas, da frutos al tercer año», descubre canteras de basalto, conoce las enfermedades de los animales y adquiere una idea certera de la vida campesina.

«Maltrecho, pero no desanimado», establece en Cunaco «una fábrica de aguardiente a la europea».

«Tuve que ser fumista, alambiquero, broncero y tonelero juntamente.» En la etiqueta de sus botellas puso: *Old Champagne Cognac* y en la portada de su oficina: *Importación directa*. Fué tan buena la venta, en los primeros meses, que sintió escrúpulos de estar «dando al extranjero una fama que sólo a Chile correspondía», y reemplazó los nombres por *Cognac* y *Fábrica Nacional* respectivamente. La gente empezó a encontrar malísimo el licor y vino la ruina.

Animoso siempre estableció una tienda y ejerció de médico yerbatero, apoyado en su conocimiento de la botánica. Además, como le sobraba tiempo, reanudó sus lecturas y ¡zas! que escribe un artículo sobre el cura de la localidad, que falsificaba la firma del prelado para excederse en la tarifa parroquial. En vez de aplausos supo que «su artículo había sido acusado» y, en seguida, su condena en primer grado, condena que le imponía una multa «superior a sus escasas fuerzas.

»En vano me trasladé a Santiago, llevando por tardía justificación de cuanto había escrito en contra del cura un cascarón de la pared de la iglesia del curato en el cual estaba pegada la malhadada tarifa falsificada. El modesto y pundonoroso prelado, mi buen tío don Manuel Vicuña, cuya memoria venero a pesar de esto, oída mi doliente exposición, se conten-

tó con apartar de su vista, con horror, el raro documento que yo le presentaba, y con despedirme diciéndome:

»¡Hijo mío, no me pesan a mí tanto mis pecados, cuanto me pesa el que te hayan enviado a educar a Francia!»

»No hubo más que replicar; pagué, callé y me fuí con la música a otra parte.»

Desde entonces junta los clérigos a los ingleses. Con prudencia, porque la costumbre exigía hincarse cuando pasaba el santísimo, vestir de negro en semana santa y reverenciar a la gente de iglesia, les enfila certeras saetas.

VI

Es posible que su tienda no diera ni para los gastos porque se ilusionó con la idea de hacerse minero. Sin mucho pensarlo hízose cargo de la mina del Sauce, situada en un cerro de la costa de Colchagua. Era de oro y produjo de inmediato. De inmediato también se esparció la nueva a Curicó y Santiago, y empezaron a llegarle regalos y misivas. Cada firmante le recordaba que era su viejo amigo y pedíale lo tuviera entre los más adictos. La mina se agotó con la misma rapidez y apenas dió para salarios.

Pensó que la ganadería era la industria más noble y como no podía consagrarse a ella por sus propios medios, «de acuerdo con algunos engorderos me lancé a las provincias argentinas, y en ellas, ya buscando ganados, ya sirviendo de intermediario entre los negociantes de una y otra banda, vagué once años consecutivos.»

Esta faena, más grata a su espíritu aventurero, fué remunerativa porque hasta le permitió volver a Francia. El ganado lo obtenía, sobre todo desde que contó con la amistad del huaso Rodríguez, rodeando a los animales alzados, «que a fuerza de gritos y carreras lográbamos encaminar a lugares sin salida, ya recobrando por la fuerza, de manos de indios chilenos, aquellos que conducían robados de la provincia de Buenos Aires, o ya asaltando los aduares de indígenas pamperos que obedecían a Baigorria.»

Su fascinación por la minería no le abandonaba, empero. En 1836, visita «el archivo del antiguo Cabildo de Mendoza» para verificar la importancia «del ponderado mineral de Uspallata». Probablemente este es su primer viaje de arriero.

Viene a Curicó en Abril de 1837 con un piño de animales. El país estaba en guerra contra la Confederación Perú - Boliviana, y luchaba en el interior contra los pipiolos y los restos de militarismo que salvaron del manotazo de Portales. Había consejos de guerra a granel y los fusilamientos menudeaban. Hacíanse preparativos para acabar con tres vecinos que conocía. Fué tan dolorosa su impresión que quiso irse sin tardanza. El 20 de Abril se puso en camino hacia el boquete de las Yaretas, «para que la primera nevazón tempranera que cerrada y obscura se extendía amenazadora sobre aquellas áridas alturas, no me cerrase el paso». Aunque el espectáculo que abandonaba era penosísimo, el ambiente puro de la cordillera lo reanimó y empezó a fantasear sobre las ganancias que le reportaría el viaje, cuando divisa cinco soldados del resguardo argentino, armados de lanza.

Pérez Rosales llevaba de compañía a su mozo. Al enfrentarse con los soldados — que en ese tiempo trabajaban por cuenta propia y eran expeditos para liberar de la vida a los demás — éstos le exigen su pasaporte. Respondió que «venía sobre la ropa del baúl en la carga que dejaba atrás». Los soldados «impusiéronle arresto bajo la custodia de dos de ellos». Entonces les entregó sus llaves con el ruego de no atrasarles el macho mientras él seguía a San Carlos, donde pernoctaría. «La ocasión de hacerse de lo ajeno contra la voluntad... de su dueño no era para deperdiciar; a lo menos así lo alcancé a traslucir por ciertas guiñadas de inteligencia que se hicieron...» Sin embargo, no obtuvo su libertad. Como todos sus bienes los traía en la montura, grande fué su apuro. Los tres soldados se alejaron para continuar la ronda llevándose sus llaves.

Se creyó perdido. «En este aprieto... no me quedó más recurso que buscar en los ojos de mi fiel Manuel un amparo

que ni por asomos vislumbraba... Manuel me comprendió. Sacó una botella de excelente anisado» y la conversación de monosilábica se tornó en torrentosa. Manuel Campos había sido salteador en los Cerrillos de Teno, luego contrabandista y ahora un notable *baqueano*. Pérez Rosales le había salvado la vida y Manuel le conservaba una gratitud inmensa. Cuando llegó el momento decisivo «una expresiva mirada de Manuel me hizo echar la mano a la pistola de bolsillo que siempre me acompañaba, y mientras él, lanzado como un rayo sobre su inmediato y desprevenido interlocutor, le oprimía derribado sobre el suelo y le arrancaba el puñal, yo con ademán resuelto ofrecí a su sorprendido compañero una onza de oro o una bala por sus dos caballos ensillados». Aceptó la onza.

Montaron en éstos, después de acollarar los propios y la pareja que traían de repuesto, y emprendieron violenta carrera durante cuatro horas. Sabían que se les perseguiría. «Estaban en un país donde el arte del rastreo, sólo comparable con el instinto del perro perdiguero, había llegado a lo sublime; pues es fama que si hasta es viejo o mozo el perseguido, descubre por el rastro el buen rastreador», pero Manuel conocía todas las contras.

Cuando los caballos argentinos dieron señales de total agotamiento, por casualidad estaban en el borde de un arroyo que junta sus aguas al Tunuyán. Saltaron a sus propias cabalgaduras, ocultaron los frenos de los jamelgos y los arriaron corriente abajo por espacio de tres cuadras. Los abandonaron en las vegas que allí había. Retornaron por el arroyo y fueron a salir a un pedrero, que estaba muy arriba. Así no quedaría rastro. No embargante corrieron hasta muy entrada la noche. Sólo a los tres días de viaje encendieron fuego. Al cuarto arribaron a Chilecito de La Rioja y se hospedaron en casa del paisano Díaz. Escribió a Mendoza cobrando dineros, pero no recibió respuesta. Entonces, como no estaba en su naturaleza la inercia, púsose a estudiar qué podía hacer «un chileno activo negociando con Catamarca y La Rioja». Tomó notas de cuanto veía. «He recogido muestras curiosísi-

mas de ganchos de algarrobo petrificados hasta sus más menudos extremos, algunas cucarachas en actitud de marchar, y una gruesa oruga roedora en la oquedad de un palo igualmente convertido en silex... Tan sólo con las cácteas podría formarse una envidiable colección. Hay cácteas que por su pequeñez pudiéramos llamar microscópicas, y abundan otras que parecen, por lo débiles y delgadas, cordeles articulados.»

Tres meses llevaba en ese sitio y sus recursos habían mermado peligrosamente. Debió ganarse el sustento como médico, agricultor y minero, pero temeroso de quedar con una mano sobre otra,... «me resolví a hacer la hombrada de intentar el paso de los Andes por Pulido», contra la oposición de Campos. Al atravesar la sierra de Famatina, que supuso era la línea divisoria, miró triunfante a su criado:

«Bueno, pues, patrón, usted sabrá lo que hace, que en cuanto a mí, ya sabe que muero donde usted muera, porque todavía estamos principiando el viaje.»

Siguió la marcha, atravesó dos sierras más y al entrar al quinto día escaseaban los víveres, los rodeaba la nieve, los atormentaba el viento y los caballos empezaban a flaquear. Debió volverse. Siguió el curso del Bermejo y buscó asilo en Calingasta, en casa de otro chileno, de apellido Gómez. Allí se puso a pensar en los errores del mapa de Napp sobre la línea divisoria. Es característica suya que no se le escape detalle de cuanto lo rodea. Si va a ensillar su caballo, por la resistencia que presenta el freno al ser suspendido del suelo, infiere que bajo tierra hay piedras ferruginosas, el color de un trozo de la montaña le indica qué metal debe primar en ella o lo eleva a una idea general.

Al día siguiente cambió sus «siete estropeados caballo por dos robustos alazanes y una excelente mula». Obsequia a la dueña de casa una cuchara de plata. Pasan dos semanas y el matrimonio lo deja al cuidado de la casa. El «triste, sentado en un banquillo, los pies al sol y la mente en Chile», mira hacia el dormitorio y repara en una estampa de Nuestra Señora del Carmen. Asiendo su «cajita de colores de agua que siempre

me servía para enriquecer mi colección de vistas y de curiosidades naturales de difícil conservación», la coloreó. Al volver la pareja, no hizo sino entrar al dormitorio para salir en el acto gritando:

«¡Milagro, milagro! Vengan a ver!» Costóle convencer a la señora que la transformación era obra de él. La enramada, bajo la cual dormía, se convirtió «en un taller de pintura de estampas y aun de viejos cuadros al óleo para restaurar... el aceite de comer vertido abundantemente en el envés de la tela, para remozar el colorido, y la clara de huevo por el derecho, para que hiciese de barniz, me fueron sacando tan bien de apuros» que, fuera de proporcionarle aperos, le valieron no pocos reales.

Su fama llegó a la policía. Esta barruntó que un hombre tan mal ataviado no podía ser buen pintor, que si lo era, sin embargo, su traje era disfraz, y como Rozas había roto con la Confederación Perú - Boliviana y los espías de ésta eran muy codiciados, encontró que debía de ser espía boliviano.

Pérez Rosales no aguardó la visita de la policía. Dejó su refugio en Octubre y tomó el camino de la cordillera hacia el boquete de Agua Negra. Logró ganar la cumbre sin más pérdida que dos caballos y una inmensa fatiga. Pernoctó con su mozo en una caverna inmediata a la Laguna. Allí Manuel le preparó un jarro de agua caliente con tierra que lo libró del jadeo que le produjera el enrarecimiento del aire. De mañana partieron rumbo al Cajón del Río Turbio. La nieve habíase endurecido y las uñas de los caballos resbalaban. Además iban bordeando una ladera de la Laguna alzada sobre el precipicio. Caminaban respirando apenas, en un tremendo estado de tensión. Habían superado la parte más difícil cuando la mula pierde pie y se desbarranca. Asustóse su caballo y cayó de costado arrojándolo lejos. Luego sintióse el estruendo que los pobres animales producían al llegar al seno de la quebrada. Pérez Rosales se aturdió con el golpe y si no es por su criado que lo auxilia, esa habría sido su última hazaña. Apoyándose en los puñales lograron dejar atrás la traidora

ladera. Por fortuna les quedaba un cuarto de guanaco que él había cazado en el camino. Cuando llegaron a sitio seguro, Manuel se encaminó hacia Tilo, lugarejo situado a diez leguas, dejando su cabalgadura a Pérez Rosales. Este vivió solitario y cuando el hambre lo asedió bebió «una *cachada* de sangre del único caballo que nos quedaba» con la cual se mantuvo tres días. Por fin su mozo volvió acompañado del campesino Sagüéz y lo condujeron a poblado.

Las contrariedades del viaje y el temor de verse con los soldados argentinos a quienes desarmara, indujéronle a tomar en arriendo nuevamente el fundo Boldomávida que, aunque pequeño, era de tierra muy buena. Allí deja pasar los meses.

En 1840 hace una expedición a la Quebrada del Cobre, en la cordillera de Curicó. «He hecho un camino de más de tres leguas pisando los trozos de las vetas de cobre...» Durante otra de sus idas allende los Andes, siguiendo el Paso de las Damas, al norte del Planchón, halla masas del mismo mineral que han rodado de la montaña.

Campos, que estaba en el ejército de Aldao, bajo las órdenes del huaso Rodríguez, le trae en Abril de 1843 un regalo de éste de varios caballos de montura y algunos bueyes, con una breve carta, fechada en Marzo, en la cual le ofrece su amistad.

Pérez Rosales ha concebido el proyecto de intentar algo en el teatro y se asocia a uno llamado de la Merced. Como en sus demás empresas termina por decepcionarse. Se va al fundo y parte a visitar a Rodríguez. Durante los veranos va y viene arriando animales. En 1846, tal vez en Enero, alcanza a San Rafael. Aldao había muerto. Rodríguez lo conduce a la pampa y lo hace mirar hacia los cuatro puntos cardinales. Luego le muestra sus manos que tenía protegidas con manoplas, y le dice:

«¿Servirá de algo esto?.. Pues bien, todo cuanto ha visto es suyo;... ¡quédese conmigo, no vuelva a Chile!» La sorpresa de Pérez Rosales fué tan tremenda que no acertó a responder.

Rodríguez agregó:

«Sé que todo esto no es gran cosa para hombres acostumbrados a regalos, como lo es usted; pero entiéndame bien, todo esto no es más que un estribo que le alcanzo para que se afirme en él y suba a ocupar el puesto que ocupaba mi general...»

Rosales comprendió que la posesión de ese secreto hacía imposible su permanencia allí. Le demostró la necesidad de ir primero a Chile, le rogó no dar paso alguno hasta su vuelta, que obedeciera a las autoridades de Mendoza y no hiciera confidencias a nadie, y le dió el postrer abrazo, y partió.

VIII

Después de reposar unas semanas en Comalle, fundo que tenía arrendado, se vino a Santiago y con su hermano Ruperto trabajó en decoraciones en el Teatro de la Universidad. El argentino Tejedor criticó duramente una de ellas, que representaba un mapa. En Junio Pérez Rosales editó *El Mosaico*, periódico que, aparte de fomentar el gusto teatral, dió firme a Tejedor en casi todos sus números. Se publicó hasta fines de Agosto. El 29 de ese mismo mes, aburrido del periodismo, se fué al norte bajo el embrujo de las minas. En la mañana del 31 desembarcó en Copiapó. Hace curiosas anotaciones sobre el ambiente minero. Luego se interna en la serranía en una mula. Después de llegar a Totoralillo, siguiendo durante seis horas en dirección nororiente, ubicó una mina abandonada y allí clavó su tienda de campaña.

«¡Qué soledad aquella, qué desnudez de cerros, qué silencio! ¡Ni una avecita, ni la vista lejana de una choza, ni la más leve gota de agua. El desierto atacameño asomaba allí su adusta cara.» Desde su tienda veía «el arenal sin límites y la temblorosa reverberación de los rayos del sol, y las orejas del burro cargador de agua potable, el cual, mustio y pensativo, parecía, por su quietud embelesada, que buscaba en su mente algún trabajoso consonante». A ratos cogía una hoja de papel y trazaba la silueta de un minero. ¿Cuánto estuvo

en el norte? Acaso cerca de un año. Los resultados del trabajo no fueron satisfactorios.

Se viene al sur a mediados de 1847 y se encierra en Comalle. Los Cerrillos de Teno estaban infestados de fascinerosos. Hízose nombrar subdelegado y con la ayuda de otros vecinos los expulsó a fuerza de aplicarles azotes. Suele venir a Santiago por cortos períodos, hastiado de la vida sedentaria. Su inquietud le impide echar raíces. Añora sus viajes a la otra banda, pero la noticia del asesinato del huaso Rodríguez, que en el curso de 1848 avanzaba con un ejército desde San Rafael con rumbo a Mendoza, perpetrado por uno de sus oficiales, lo sume en el pesar. El lo amaba por lo valeroso y fuerte que había sido.

IX

El 20 de Diciembre de 1848 con hermanos, parientes y mozos se embarca para California. Llega el 18 de Enero de 1849. Mientras esperan la carga, que iba en otro barco, trabajaron de fleteros. Después vendieron parte de la mercadería que les llegó de Chile, compraron un carro y los aperos necesarios y fuéronse a Sacramento. Allí comenzaron a lavar arenas con denuedo y no interrumpían su trabajo sino para procurarse víveres o herramientas. La ganancia no era despreciable. Supieron que en un lugar denominado El Molino el oro era más abundante. Hacia allá enderezaron sus pasos. La noticia era cierta. En la noche pesaban las pepitas y se dormían felices. Como necesitaran de un caballo fueron hasta un negocio donde los había, pero no se decidieron por el precio, mas ponderaron la hermosura de la hija del tratante. Pérez Rosales resolvió ir y aunque le pidieron más hizo la compra. Sentíase recompensado con la vista de tan bonita joven, única mujer en esas soledades.

Nuestro autor servía de cocinero en la cuadrilla. Supo que al otro lado del río las arenas rendían más y se dispuso a la travesía, pero se llenó de tal modo el bote que en medio del río lo cogió una corriente y zozobró. Comenzó a nadar y ha-

bría llegado a la ribera si alguien no se le cuelga del cuello. Luchó por desprenderse del desesperado y lo consiguió tomando fondo. Desgraciadamente perdió el conocimiento y fué necesario que lo sacaran.

Pronto partió a San Francisco, tanto por pagar las deudas como por recoger la correspondencia de la familia. A llegar, además de estar a punto de envenenarse con unas ostras en conserva, le cupo el desagrado de ver un asalto al barrio de los chilenos y de saber luego que en El Molino habían sido robados y asesinados varios paisanos suyos. Desesperado compró un bote y bogando día y noche llegó a Sacramento, donde tuvo la dicha de encontrar a los suyos que, si bien no salvaron nada del despojo, liberaron sin un rasguño. Al verlos, fué tan grande su alegría que se desmayó. Sin embargo, ninguno quiso volver a Chile. Acordaron irse a San Francisco y probar suerte en el comercio. El se adelantó, compró una barca que bautizó la *Infatigable*, nombre que en los papeles del puerto trocóse en *Impermeable*, y navegó hasta Sacramento con un cargamento de mercaderías. Con sus hermanos estableció una tienda en la que vendieron licores, charqui, harina tostada y otras menudencias. Iba el negocio muy bien pero se declaró una epidemia de tercianas. Debieron abandonar la tienda y hacer de médicos, enfermeros y sepultureros bajo las órdenes de los hermanos Luco que habían creado un hospital. Apenas disminuyó la epidemia partieron a San Francisco. Compraron sitio en la calle Dupont, construyeron un edificio y abrieron el Restaurant de los Ciudadanos en el verano de 1849. Todos eran amos y criados. La leche era muy escasa. Una mañana se sintió tentado y casi acabó la ración destinada a un parroquiano mulato, nada apacible. La aumentó con agua. Cuando le fué servida el mulato protestó y su hermano Ruperto apenas se contenía. Temeroso de la reyerta que se veía venir, intervino. Cogió el vaso de leche, lo llevó a la cocina y la trajo en una taza.

El mulato exclamó:

— ¡Esta está más mirable!

Como en el restaurant sobraban brazos, pretextando ver nuevos negocios, fuése a Monterrey; paso a paso anduvo noventa y cinco millas y llegó a los tres días. Fué acogido con gran simpatía por una familia mexicana, diéronle una mullida cama, con sábanas de hilo y en la mañana se echó al cuerpo cuanta leche le cupo. Pasó ocho días hartándose de todo. Compró en un rancho doce vacas y ocho bueyes puestos en San Francisco y expresó al dueño de casa su deseo de partir. Le dieron una fiesta. A la mañana siguiente la familia lo acompañó hasta fuera de la casa y lo hicieron partir en «una hermosa mula con la más rica montura mexicana que hasta entonces había visto». Al llegar vendió mula y montura en 1.300 pesos. San Francisco había crecido tanto «que se necesitaban brazos asalariados» y no personas independientes pero sin capital, razón que decidió a muchos a repatriarse. Ellos mismos habían resuelto hacerlo cuando un terrible incendio, a fines de 1849, devoró el restaurant y media ciudad.

Con amargura dice Pérez Rosales: «...sólo hicieron fortuna en California los que no tuvieron arrojo para lanzarse en pos de ella, despreciando el hambre, las fatigas y los peligros; puesto que, unos con admitir sitios de balde, otros por haberse hecho de ellos a vil precio, y otros con esperarla tras algunos bultos de mercaderías que el acaso, más que el cálculo, los hizo llevar a ese país, se encontraron, de la noche a la mañana, poseedores de positivas riquezas.»

»Ocho días después [del incendio] los vigorosos fleteros, los modestos lavanderos de no muy limpias ropas, los navegantes de la *Daice - may - nana*, los infatigables mineros de barreta, de pala y de batea, los derrotados de Sonora, los armadores de la *Impermeable*, los amables y embusteros comerciantes de Sacramento, los médicos y sepultureros, los carpinteros constructores, los hoteleros y sirvientes de mano, introducidos de marineros unos, y otros de expertos pilotos, encaminaban en demanda de los mares del sur una abandonada barca... y al cabo de dos meses y medio, abrazaron con ternura a la llorosa madre en el tranquilo Chile.»

X

Tras un breve descanso vienen a ofrecerle que redacte un periódico de oposición. Rechaza la oferta. Nada sabe de política, siempre ha vivido de sus manos y más bien se inclina hacia un gobierno fuerte.

Don Antonio Varas lo llama y le ofrece enviarlo a Valdivia de agente de colonización. A los catorce días de la entrevista, parte. Arriba a Corral el 1° de Febrero de 1850.

Los alemanes que enviaba Phillippi llegarían pronto y todavía se ignoraba el sitio que se les entregaría para colonizar. Particulares ávidos habíanse adueñado de cuantos terrenos existían en los alrededores de Valdivia, valiéndose de indígenas que, previa ración de aguardiente y unos cuantos pesos fuertes, declaraban haber heredado dichas tierras de Colipí, Lautaro o Galvarino. Si el intendente no cede la Isla Teja no habría habido donde poner a los germanos.

Pérez Rosales visitó La Unión, Río Bueno y Osorno. Encontraba algo pero sin la extensión ni los medios de acceso requeridos. Por defender al Estado adquirió cuanta tierra pudo de otros indios que también las habían heredado de Pelontaro o Caupolicán. Solía pagar de su bolsillo para evitar trámites. En estos trajines se internaba en las selvas, dormía en donde lo hallaba la noche y se alimentaba con panales de miel y avellanas. Cuando le quedaba un momento libre tomaba notas o dibujaba.

Al llegar los alemanes le presentaron un pliego. Preguntaban si al formarse aldeas podría uno de ellos ser designado juez y si se les admitiría en el cuerpo de guardias cívicas. El atavismo por el uniforme venía de muy atrás.

Como la mayoría era de protestantes «temían los católicos perder con ella la unidad religiosa». La carta de un tal O. Muschgay, de Wurtenberg, que ofrecía traer familias católicas y que se presentaba ya como minero, ya como agrónomo o como profesor de religión católica, y que, para ganar en entonación mística fechaba las siguientes en el Monasterio de

Zwifalten, movió al sabio Domeyko en su favor y el Gobierno impuso a Pérez Rosales que le reservara tierras. Cuando el sujeto llegó, en vez de las familias que ofreciera, le acompañaban sólo catorce individuos. Contra su deseo dióle terreno y escuela con sus útiles, pero Muschgay no apareció por uno ni otra. En cambio elaboraba proyectos que remitía al Gobierno, proponiendo abrir un túnel en la base de la cordillera para llegar más pronto a Buenos Aires y otros de índole casi tan práctica como aquel. Pérez Rosales le pidió se consagrara a sus labores, dejara de proponer disparates y le prohibió agregar a su apellido, como segundo, la palabra católico. Desapareció. Vínose a Santiago, habló con el Arzobispo y conquistó la voluntad de los Larraín Gandarillas que le dieron capitales y un barco en el cual tornó, muy engreído, a Valdivia. Disipó el dinero en fiestecillas báquicas. Dos hermanos de la familia nombrada fueron a pedirle cuenta. Uno de estos se ahogó en el río. Muschgay «presentó a los Larraín, en una hoja de papel de marquilla, por toda cuenta y razón de los bienes que habían pasado por su mano, un geroglífico lleno de cuadritos de distintos colores, sobre los cuales, ya perpendiculares, ya al sesgo, se veían regloncitos y números que nadie pudo entender». Huyó luego. Súpose, más tarde, que vivía con los indios de Pitrufquén, donde se amancebó con cuantas mujeres pudo, no sin declarar «que la religión araucana era la más perfecta de todas las religiones».

XI

En busca de tierras Pérez Rosales menudeó las exploraciones por el interior de Osorno. Hizo una entrada a la selva, acompañado por el indio Pichi - Juan, y machete en mano, después de siete horas de marcha por espesuras donde no se podía leer ni una carta, llegó hasta la orilla del Lago Llanquihue. Como no era viable abarcarla ni recorrerla porque el bosque penetraba en ella y carecía de riberas, hizo un bote de un tronco hueco. A poco de navegar naufragó y debió pernoctar en un pedrero, mojado hasta los huesos. Poco des-

pués, descontento porque no conseguía formarse idea de la extensión de ésta y tener base para sus planes de establecer una colonia, hizo fabricar otro bote no mejor que el primero y se embarcó con dos indios. Pudo recorrer un buen trecho, hizo un croquis de Puerto Octay, pero el ansia de ver inmediatamente lo más que pudiera lo hizo permanecer en el Lago hasta la tarde. Dibujó todos los puertos naturales y tomó apuntes. En esta faena lo sorprendió un ventarrón, que hinchó las aguas y volcó su bote. Pudo nadar casi hasta la orilla, mas una ola lo lanzó contra un ribazo. Durante la noche estuvo a la intemperie, inconsciente. En la mañana fué descubierto por hombres de su expedición en estado de delirio. Los indios perecieron ahogados. Llevároнlo a Osorno, gravísimo. Después de una semana pudo rehacerse, gracias a su robusta naturaleza, heredada de sus dos abuelos.

Mientras él yacía enfermo, en Santiago, un consejero universitario, ni prudente ni sereno, acogió y propaló la impostura de que estaba celebrando bacanales, con las consabidas mujeres desnudas, en el interior de un templo. No se lo perdonó como tampoco perdonó jamás a Tejedor la enconada crítica que hiciera de sus decoraciones.

No sabiendo cómo precisar el contorno del Lago, ofreció a Pichi - Juan treinta pagas para que incendiase la selva. Este puso fuego en varios sitios y las llamas se propagaron con celeridad tal que el indio se vió rodeado de fuego. Hizo una profunda fosa en el hueco carcomido de un coigüe y allí esperó que el incendio pasara. El cielo se veía obscuro desde Valdivia y la atmósfera estuvo cálida, aunque caían, como es normal en esa región, lluvias y granizadas. El incendio se extinguió a los tres meses.

Emprendió una nueva exploración. De la selva no quedaban sino pequeñas islas boscosas. Lo demás era ceniza. Pudo comprobar que había tres fajas de tierra que circundaban el Lago. La primera pedregosa, de poco fondo la segunda y excelente la que lindaba con las aguas. Volvió a encontrarse con bosques impenetrables que impedían toda visión de con-

junto. Entonces subió a la cordillera occidental, tanto para apreciar la extensión de las tierras incendiadas, como la posición y forma del Lago. Tomó «algunas alturas y demarcaciones relacionadas con el mapa de Moraleda» y adquirió la certeza de que el mar estaba cercano. Para su colonia necesitaba un puerto que facilitara la salida de los productos. Mas no lograba ubicarlo. Mientras construían una embarcación segura, caminó hacia el Volcán Osorno y fué ascendiendo. Cuando llegó al segundo descanso sufrió encontradas impresiones. Más que el mar parecía ser lo que abarcaban sus ojos una sucesión de lagunas y bosques que se perdían en la bruma del horizonte. Al mirar hacia el lado contrario vió que las nubes todo lo ocultaban, pero «un propicio claro de sol, azotando las aguas de la supuesta laguna del sur, hizo brillar a mi vista las blancas velas de las embarcaciones... Era el mar que solícito buscaba el seno de Reloncaví.» El descubrimiento lo hizo muy feliz y antes que se le cerraran los ojos púsose a dormir en un árbol hueco.

Más tarde supo que mediante un camino de 48.804 metros Osorno podía comunicarse con el lago Llanquihue y éste con el mar por otro de 21.570 metros de largo.

El 12 de Febrero de 1853 quedó inaugurada la colonia de Puerto Montt.

La colonia era el tema de discusión y como se confundiera las acepciones de los vocablos emigrante, inmigrante y colonización, escribió una memoria precisando su significado y la dedicó a don Antonio Varas.

XII

Había descubierto los mejores terrenos para colonizar, había vencido las dificultades oficiales, sociales y religiosas que se oponían a la colonia, había situado a los inmigrantes. Ahora convenía crear la corriente continua de inmigración. El 28 y 29 de Marzo lo designan cónsul general de Chile y agente de colonización en Hamburgo. El 9 de Septiembre está en funciones.

Agentes de otras naciones divulgan embustes sobre el clima de Chile y la condición de sus habitantes. El no dispone de dinero para subvencionar diarios. Prefiere recorrer Alemania y formarse un concepto del hombre medio. Descubre que aman los títulos. Entonces consigue que el gobierno designe cónsules honorarios y reparte esos cargos entre personajes respetables de algunas ciudades. Además, abre sus baúles y saca objetos de historia natural y los dona a sociedades científicas. La de anticuarios de Copenhague lo designa socio, otro tanto hace la Sociedad Prusiana para Moralizar a la Clase Obrera. Lo acoge como amigo el barón de Humboldt, el barón de Bibra y otras eminencias. Crece su prestigio intelectual y comienza la curiosidad por Chile. Recibe cientos de cartas preguntándole cuanto puede interesar a un futuro colono.

Escribe su *Ensayo sobre Chile* en lengua francesa. Todo lo encaja en el volumen: historia, geografía, clima, fauna, flora, agricultura, industria, costumbres, psicología, etc. Aunque antiguo este libro carece de parangón. Lo manda a cuantos piden pormenores. El efecto que hizo se vió claro porque poco después parte el *César Elena* a nuestros puertos. Tras esa nave otras y otras toman el mismo rumbo uno y otro año.

Como su libro trabaja por él, dispone de tiempo para visitar los demás países. Su curiosidad es insaciable. No desdeña ni los establos ni los criaderos ni las exposiciones de animales. Por ver una va a Dinamarca. Piensa en su tierra, recuerda su vida de campesino, y escribe el *Manual del Ganadero Chileno*. Apenas cita uno que otro tratadista francés o inglés. Lo demás fluye de su inmensa experiencia y de sus cuadernos de notas. Emplea las palabras más usuales y cuando barrunta que aún éstas podrían ser poco comprensibles extrae de su tesoro los más sabrosos chilenismos.

Hace también un *Atlas* microscópico para el uso de las escuelas chilenas. Ha recorrido bastante tierra, ha vivido la geografía: puede enseñarla. Redacta, además, sus *Cuadros*

cronológicos de la historia antigua y moderna de Chile y el Perú.

Pérez Rosales siente deseos de oir su propia lengua y parte a España, que conoció en su primer viaje. Al pisar su suelo lo embarga la emoción: «Si la voz lealtad no nació en España, para España sólo parece creada.» ¿Quién, después de estudiar las costumbres caseras de la mayor parte de los centros poblados de Europa, donde sólo impera la cabeza, no cree, al llegar a España, encontrar en ella el trono del corazón? Visita museos, besa la espada de Isabel la Católica, copia la cuentas del Gran Capitán, va a las bibliotecas, se relaciona con literatos. Cuando llega la hora de partir siente un pesar, una tristeza que no sintió nunca al dejar París, aunque él piensa en francés.

De retorno al norte se detiene en Madeburgo, donde le ataca el cólera. «Salvé como se salva de un naufragio, todo descalabrado». Pregunta al doctor Zaleta si hay remedio para evitar que tan terrible enfermedad se repita. Este le responde: «el único específico contra el cólera es el estar a cuarenta leguas de él.»

Su quebrantada salud llévalo «por tercera vez a los baños de Franzensbad». Conoce a rusos que han participado en la defensa de Sebastopol. Lo «sorprenden por sus conocimientos, su fino trato y la desenvoltura con que hablan idiomas extranjeros». Uno le dice:

«La América es un mundo virgen y nuevo, la Rusia lo es también. Para Europa la decrepitud: para la América y Rusia el porvenir.»

«¿Qué me faltaba en Europa para ser humanamente dichoso? Gozaba allí de salud... en mi alma no podía caber el tedio, porque compartían mi tiempo, junto con mis fáciles ocupaciones, gratos estudios e interesantes viajes... faltábame el sol de mi querida patria.»

Encontrábase en Marienbad, en la Alta Bohemia, cuando lo llama el gobierno. Juzgó criminal «perder un sólo día de los que podía necesitar para llegar a Chile: después de besar las comunicaciones y de llorar de gusto, me dediqué a escribir

la noche entera, y al día siguiente, sin siquiera acordarme de pasar por Hamburgo, lugar de mi residencia, salí directamente para Inglaterrra [donde se cobra una libra por saludo], y en seguida, lleno de alborozo, en el *Nueva Granada*, en demanda del suelo que me vió nacer, donde por quinta vez tuve en mi vida un momento de completa dicha: ¡el de mi llegada!»

XIII

En Diciembre 11 de 1859, año de su retorno, nómbrasele intendente de Concepción. Al terminar Montt su período Pérez Rosales se retira a la vida privada. Casa con la señora Antonia Urrutia, de Concepción, y fija su domicilio en Santiago. Los amigos le rodean para que les cuente sus aventuras. Es siempre un hombre alto, delgado, de buena figura, de carácter afectuoso y propenso al humorismo. Sus recuerdos abarcan todo lo que puede interesar al ser humano. Sabe unas cosas, pero las más las ha vivido.

De 1851 a 1871 es diputado. Entonces el Gobierno era más paternalista que hoy. Proponía los candidatos y se sentía contrariado si los electores votaban por otros. Pérez Rosales concurría poquísimo a la Cámara y, al revés de Vicuña Mackenna que hablaba en casi todas las sesiones, no abría la boca sino cada diez años. Y para decir algo muy razonable y breve. De 1876 a 1882 es senador por Llanquihue. Tampoco habla. Fué miembro de la comisión de educación y beneficencia.

La Sociedad de Fomento Fabril lo nombra presidente poco después de 1880.

Su auditorio, don Luis Montt señaladamente, lo insta a escribir sus memorias. Se deja seducir y compone sus *Recuerdos del Pasado*. En la *Revista Chilena* había publicado entre 1875 y 1877 ensayos, impregnados de ironía, sobre física, clima, psicología política, filología, el ser humano: estudios constitucionales, fragmentos del *Diccionario del Entrometido* y relatos. En *Los Lunes* de *La Epoca*, de Junio a Agosto de 1883, agrega otras páginas al *Diccionario*.

XIV

Pérez Rosales es un americano, un hombre total. Por la época en que le correspondió vivir debió afrontar exigencias que rara vez se le presentan al hombre de este siglo. Fundó ciudades, fué explorador, ganadero, escritor, agricultor, pintor, parlamentario, cónsul, intendente, contrabandista, industrial, minero, comerciante, botero, médico, etcétera.

Tuvo la superioridad que da la cultura, una notable salud, espíritu muy equilibrado, independencia, el don de poder servirse a sí mismo y un profundo sentido de tolerancia. Siempre estuvo en el justo medio Fuera de los placeres puros de escribir o pintar, tuvo la embriaguez de vivir. Apreciaba la acción más por el placer que causa que por los beneficios materiales.

Era republicano apasionado, pero tenía debilidad por el gobierno fuerte, acaso por el temor que le inspiraba la intromisión del militarismo en el poder. Vió cuando nacían las repúblicas americanas que los militares, entrabarían su desarrollo democrático. Fué el primero en percibir que la inmigración, en vez de determinar rebaja de salarios o desocupación, creaba nuevas actividades y tendía a levantar las remuneraciones.

Amó su país como cosa física y como cosa humana. Hasta el clima patagónico le parece menos frío, porque allí viven los indios semidesnudos y no «emigran en los inviernos el loro, la paloma silvestre, el tierno jilguerillo, ni la emigradora golondrina» y porque crecen espontáneamente plantas que en Londres o París necesitarían de invernaderos. Compara a los indígenas, aunque los apreciaba poco, con los andaluces. Los chilenos errabundos le gustan sin condiciones. Dedica páginas a cantar su seguridad, su bizarría, su capacidad para abrirse camino en otros países.

Tuvo pocos prejuicios. Nunca aceptó nada sin examen. El espíritu científico era innato en él. Además, su vena humorística, nunca perdida, lo libró de toda afectación. Si algo le salía mal, emprendía otra cosa con la misma felicidad y el

mismo ahinco. Así fué desde su adolescencia. La sabiduría que recogió viviendo le permitió resolver por sí solo dificultades que no habrían sabido vencer varios individuos juntos.

Se puede decir que Pérez Rosales escribió un solo libro, porque las mejores páginas del *Ensayo sobre Chile*, las dedicadas al caballo, otras sobre el carácter nacional y los trozos mejor logrados los aprovecha en el *Manual del Ganadero Chileno*. Estos fragmentos los vuelca en *Recuerdos del Pasado*, añadiendo parte de los estudios sobre el clima y constitucionales y algunos de los textos que aparecieron bajo el nombre de *Diccionario del Entrometido*.

Recuerdos del Pasado comprende una variedad de hechos tan considerable, tan sorprendentes, que puede decirse que ningún otro chileno supo aprovechar tan bien sus ojos y sus demás sentidos.

Su estilo tiene movimiento y color. Hay en él cierta cadencia. El humor es como la contraluz de su sentido dramático. Mezcla al relato toda suerte de observaciones, a menudo originalísimas y muy avanzadas para la hora en que viviera. En cuanto escribe hay fuerza y sinceridad.

Omite muchos detalles sobre su vida íntima y evita todo lo que pudiera realzarle. Es modesto y pudoroso. El mismo dice que desea contar sólo lo que ofrezca alguna utilidad.

Recuerdos del Pasado es como una pequeña biblia nacional. Puede releerse muchas veces y sorprende, cuando se vuelve a empezar, como si fuera la primera vez. Es un libro variadísimo, acaso el único en nuestra pequeña literatura que puedan leer con provecho las personas de gustos y oficios más dispares.

Pérez Rosales alcanzó una edad avanzada. Conservó su alegría hasta el último momento. Ni la parálisis que lo afectó al final de su vida logró alterar su buen humor. Cuando vió el término dijo a su amigo don Waldo Silva, pensando en los ausentes:

— Me voy, la delantera no más les llevo; deseo que se les diga que allá los va a esperar su viejo amigo.

A las 6.30 de la mañana del 6 de Septiembre de 1886, falleció y al siguiente día recibió sepultura en el Cementerio General. Junto a su tumba lo despidió don Guillermo Puelma Tupper, que había trabajado con él en a Sociedad de Fomento Fabril en sus últimos seis años.

BIBLIOGRAFIA

El Ferrocarril, Martes 7, Septiembre, 1886. Editorial.

Feliú Cruz, Guillermo. *Bibliografía de Pérez Rosales*. Boletín de la Biblioteca Nacional. Diciembre, 1933, Enero a Marzo, 1934.

Feliú Cruz, Guillermo. *Vicente Pérez Rosales*. Ensayo Crítico. Imprenta Chle. Teatinos 760, Casilla 120, 1946.

Figueroa, Virgilio. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. T. IV - V.

La Libertad Electoral (Crónica) 7, Septiembre, 1886.

Pérez, Vicente. *Correspondencia*. *El Mercurio*, 5, Junio, 1842.

Pérez Rosales, V.: *Ensayo sobre Chile*, escrito en francés y publicado en Hamburgo por... y traducido al español para el uso de las bibliotecas populares por Manuel Miquel. Santiago, Imp. del Ferrocarril, calle de Teatinos N.º 34. 1859.

Pérez Rosales, V.: *Manual del Ganadero Chileno*, dedicado a las Bibliotecas Departamentales de Chile, por... Hamburgo. Imp. de F. H. Nestler y Melle, 1858.

Pérez Rosales, Vicente: *Algo sobre física*. Sueños que parecen verdades y verdades que parecen sueños. *Revista Chilena*, Agosto, 1875.

Pérez Rosales, Vicente: *Estudios constitucionales*, id. Diciembre, 1876.

Pérez Rosales, Vicente: *Sueños que parecen verdades y verdades que parecen sueños*, id. Abril, 1887.

Pérez Rosales, Vicente: *Diccionario del Entrometido*, id. Julio, 1877.

Pérez Rosales, Vicente: *Estudio sobre el clima de Chile*, id. Octubre, 1877.

Pérez Rosales, Vicente: *Diccionario del Entrometido*, id. Noviembre, 1877.

Silva, Waldo: *Don Vicente Pérez Rosales*. *El Ferrocarril*, Martes 7, Septiembre, 1886.

Ernesto Montenegro

Los "Recuerdos del pasado"

Los *Recuerdos del pasado* son el libro cabecera de la literatura chilena. Su autor, Vicente Pérez Rosales, no fué un escritor profesional, ni un estilista, ni un pensador. Pero a las primeras memorias de su vida se entremezclan algunos de los acontecimientos del despertar de la nacionalidad, y a todo lo largo de su carrera se van sucediendo tan dramáticas circunstancias, conoce tantas gentes y lugares, que su experiencia resume en buena parte la historia y el carácter de la primera mitad de la vida nacional. Y esa rica experiencia del mundo supo don Vicente contarla con tan espontánea campechanía, que no parece que tuviéramos un libro por delante, sino que un amigo de la casa fuese detallándonos de viva voz los mil y un trajines de su andariega y contrariada vida.

Su caso nos confirma en la creencia de que los libros viven primordialmente por su humanidad, después por el vigor de sus ideas y sólo en última instancia gracias al esmero de su estilo. Estos *Recuerdos* aparecieron por primera vez y de tarde en tarde en diarios y revistas de su tiempo, como simples retazos de memorias escritas al desgaire y como para fijar cosas que iban borrándose ya en la perspectiva de los años. Pero sus contemporáneos no tardaron en reconocerse en esas evocaciones familiares. En 1886 el diario *La Epoca* juntó en un modesto cuaderno los trozos dispersos; nuestro Vicuña Mackenna apadrinó al novel autor septuagenario, y pronto comenzó el público a pedir nuevas ediciones. En la tercera, puesto ya el pie en el estribo para el viaje sin vuelta, el autor vacia el resto de sus remembranzas, dejando entrever para nuestro alivio, una mullida ancianidad, ya a cubierto de las contingencias de esa pobreza que le corrió a los talones por diez lustros de su vida.

Desde entonces no ha habido editorial chilena que se respete o que conozca su negocio que no haya publicado por lo menos una edición de su libro, y lo que es más significativo, casi no hay un escritor chileno que no muestre bien marcada en su obra la huella de este compatriota trotamundos y buscavida, amigo de decir las cosas y de apreciar hombres y circunstancias sin muchos rodeos de abstracta psicología. Su lenguaje suena tan desprovisto de lirismo que llega a lindar con el lugar común, y tanto alardea de modesto, que a menudo parece jactarse de serlo.

★

Muy recién entradas en la carrera de naciones independientes, y sin más antecedentes preparatorios para ocupar con debida dignidad tan alto puesto que aquellos que les dieron el triunfo obtenido contra las tropas peninsulares, era natural que los victoriosos guerreros proclamados Padres de la Patria pretendiesen los honores de organizadores y aun de jefes supremos de los Estados que debían a sus esfuerzos su temprana existencia. Mas, como los calificados militares eran tantos, y no fuese posible crear un Estado aparte para cada uno de ellos, ni mucho menos tardar más tiempo que el corrido en entrar en pleno goce de las imprescriptibles garantías sociales que aseguran al individuo, junto con la vida, la libertad y la hacienda, los pueblos sin desconocer los méritos de sus guerreros, solicitaron de la toga y de la pluma lo que no les era dado conseguir de la rústica espada del soldado, por templada y gloriosa que ella fuese. De aquí la lucha fratricida que hasta ahora se perpetúa en algunos estados republicanos, y de aquí los trastornos que todavía hacen creer a muchos ilusos europeos que la voz República sea el genuino y único sinónimo de la voz Revolución.

Triste es sin duda, la suerte de los grandes servidores de la humanidad, cuando la relación histórica de sus laudables hechos corre a cargo de miopes plumas que a semejanza de las pedantes críticas literarias, se atreven muy orondas, a juzgar lo que ni son capaces de idear ni mucho menos de escribir.

Vicente PÉREZ ROSALES.

Luis Franco

San Martín y un testimonio chileno

Digamos — sin necesidad de pagar tributo al convencionalismo patriótico ni a ninguna sugestión casera — que en el San Martín auténtico nos encontramos sin duda con el grande hombre en cada pulgada de su figura. No estoy ponderando una perfección académica. Ni él ni Bolívar estuvieron libres de prejuicios ni errores y aun de pequeñeces. Pero sí decimos que la grandeza de su espíritu se impone apenas intentamos enfrentarla. No es por cierto el de un pensador ilustrado y diestro (su instrucción general era escasa al grado de despreciar la ortografía); es el de un sentir genial y el de una sagacidad incalculable y el de un organizador y conductor nato. Sabe mirar rayanamente en grande y descubrir un mundo donde otros no ven nada — así la ruta libertadora a Lima a través de los Andes y el Pacífico — y organizar sin prisa ni demora, y mirando los detalles con ojos de insecto, sus elementos de acción. Casi parece un correcto militar de oficina, pero su cabeza está llena de un sueño continental, y no sólo eso: su mente y su mano son capaces de traducir exactamente aquel sueño a la realidad. Habla tan poco como un gaucho, pero su genio sabe adivinar, sin demasiado esfuerzo, al parecer, lo que está prefigurado en la tierra de América y en su fauna y en sus estrellas y las luchas precedentes del hombre. Y da la consigna salvadora: «americanizar la revolución.»

La verdadera audacia — no la cegatona temeridad — tiene como contrapeso, o mejor, como *sine qua non*, la prudencia. Sólo un estudio lúcido y pausado de los pasos de Uspallata y los Patos hizo posible lo que nadie se atrevía ni a soñar: el cruce de la Cordillera por su frente más tremendo con cañones y caballos de combate y cuatro mil bisoños. (Con toda

la fuerza del sentido común — ¡no del sentido genial! — los españoles pensaban que sólo los pasos del Neuquén y el Limay podían permitir el cruce de un ejército de línea, y eso los perdió. Chacabuco estaba ganada mucho antes de llegar a la cuesta.

Y algo que se olvida casi siempre: San Martín murió viejo, pero fué un hombre muy enfermo — neuralgia, reumatismo, vómitos, dispepsia, insomnio, afección al pulmón y a la médula espinal — a punto de ser un valetudinario a los treinta y siete años — es decir, en los días de su más formidable acción. Júzguese por ello el temple de su ánimo.

Digamos también que la anécdota del espía de Osorio al que conmutó la sentencia de muerte por trabajos forzados, y la del oficial defraudador que confió su delito privadamente al ciudadano don José de San Martín y fué salvado por él, y la orden de buscar al jefe de cirujanos que da como única respuesta al caballero inglés que le lleva la primera noticia de la victoria definitiva de Maipú, y la quema, por mano propia, de toda la correspondencia comprometedora para cientos de enemigos, prueban, sin lugar a duda, la profunda humanidad del héroe. Y vengamos a que cumplió la hazaña menos discutible que puede endiosar a un mortal — echar a un pueblo, a tres pueblos, de la servidumbre y el servilismo a la dignidad —, de un modo tan natural que pareció un deber de familia. Pues ni decir que en la pendiente del desdén de los dos falsos brillos — el de la gloriola y el del oro — San Martín parece haber logrado la fácil y ardua perfección del diamante.

Todo lo anterior viene sugerido por *Recuerdos del pasado* de Vicente Pérez Rosales, aquel extraordinario chileno de la anterior centuria, tan representativo de la mejor corriente del espíritu sudamericano de la época que se encarnó en hombres de vida múltiple e intensa, devenidos con frecuencia periodistas geniales o escritores de pulso vitalísimo. Deportado de familia — medio en broma — por rebelde a la ortodoxia casera; poblador obligado de una playa desierta, a lo Robinson; estudiante y gomoso en París; hacendado; comerciante; con-

trabandista de ambos taludes de los Andes del sur; tragaleguas de tierra y mar; huroneador de oro en California; periodista y político de luz propia; clarividente colonizador araucano - tudesco, por todo eso pasó y todo eso fué Pérez Rosales. También — valga el detalle — consignó buena parte de su vida en un libro de interés imprescriptible, y en él insertó unas avizoras páginas sobre San Martín que la posteridad no puede mirar de soslayo.

Por las circunstancias de ser hijo de Chile — donde San Martín tuvo memoriosos enemigos —, de provenir de una familia amiguísima de los Carrera, los dinámicos enemigos del triunfador de Chacabuco, y por la categoría mental y espiritual del autor, el juicio de Pérez Rosales cobra una significación impar bien que en iluminadora coincidencia con los de Basil Hall y demás grandes viajeros ingleses de la época. Viene él a echar una luz sin enturbiamiento posible sobre la sencillez, la honradez y la magnanimidad del hombre no menos que sobre la auténtica estatura del héroe: «San Martín y Bolívar no son más que las dos sublimes mitades de aquel sagrado todo único e indivisible que la mano del siglo diecinueve formó para la redención americana... Bolívar no habría hecho más en el sur del continente que lo que el hijo de Yapeyú hubiera podido hacer en el norte. ¿Qué hubiera sido el uno sin el otro?»

★

Mal hubieran cumplido los pueblos americanos con la mente que los impulsó a correr los azares de la sangrienta lucha que dió por resultado su emancipación política, si después de despedazar el yugo de Castilla, hubiesen permanecido estacionarios.

Aquel grande acto aconsejado por la razón, por la justicia y por los más sanos principios de la ley natural, tenía dos forzosas fases: el triunfo en la lucha y la organización en la independencia; entidades ambas que debían completarse entre sí y formar juntas un todo indivisible.

Vicente PEREZ ROSALES

Armando Lira

Vicente Pérez Rosales, dibujante y pintor

Una existencia jalonada por variados episodios como la de Pérez Rosales, es natural que haya encontrado en el cultivo de las artes plásticas un nuevo, rico y atrayente medio de expresión.

Espíritu selecto fué el de este chileno *pur sang*, como él mismo se proclamaba. En busca de aventuras viajó en su juventud por muchas latitudes, con un cuaderno de apuntes y una cajita de acuarela: «colores al agua», dice él; cuaderno y pinturas que en sus correrías le sirvieron para enriquecer su colección de «vistas» y para darle realce a las miles de curiosidades de difícil conservación que tuvo que mirar con pupilas lúcidas y que sintió con el corazón de chileno.

Esta solaz entretención de Pérez Rosales contribuyó, muchas veces, a llenar la bolsa vacía del viajero, como aconteció en el pequeño villorrio argentino de Calingasta donde bajándose de su cansada cabalgadura, solicitó hospedaje a un tal Gómez que a pesar de ser chileno de cuna y corazón hablaba como cuyano.

Pérez Rosales aburrido en Calingasta vió una tarde, — a la hora de la siesta —, en el dormitorio de Gómez, que andaba con su mujer haciendo diligencias fuera del poblado, una descolorida imagen de la Virgen del Carmen. Tomó su caja de colores y se dió a la tarea de iluminar aquella estampa descolorida.

Cuando regresó el matrimonio Gómez y miraron la Virgen remozada, ¡claro, creyeron en un milagro! El pintor tuvo que explicar que había sido obra de su paleta y no era divino sortilegio el cambio operado en la añeja litografía sagrada.

Esta original ocurrencia le acarreó la más espontánea admiración de los vecinos de Calingasta, quienes acudieron solícitos al pintor con viejos grabados, con estampas de santos y hasta le llevaron deteriorados cuadros quiteños, a fin de que el artista transeunte los reavivara.

Aquellos encargos no dejaron de preocuparlo; pero ¡había que matar el tedio! Y como poseía conocimientos técnicos del oficio pictórico salió don Vicente airoso y satisfecho de su tarea. No obstante, dice que se vió en duros trances para restaurar las telas quebrajadas y descoloridas que le iban entregando, poco a poco, los vecinos del poblado. Con aceite de comer, — que abundaba en aquella época — el pintor iba vertiendo generosamente el líquido oleaginoso en el envés de la tela. En seguida, con clara de huevo preparaba el barnizaje. Salió todo tan bien que a los veinte días de embadurnar telas viejas y papeles puercos, le sobraron aperos para su nuevo viaje y, además, le cayeron en la bolsa algunos devotos reales.

*

Pérez Rosales era pintor. Observaba el paisaje y las cosas con profunda emoción. A su pluma ágil se debe esta plástica descripción de la belleza del paisaje de la región de Valdivia: «La naturaleza ofrece contrastes de increíbles efectos de luz y de sombra. Hay ocasiones que diluvia en la mitad de un árbol al mismo tiempo que en la otra mitad se ve radiante el sol.» En otras líneas describe, con jugosa y dinámica factura, un paisaje marino de la zona tórrida: «Nada más grandioso ni más imponente que el aspecto del cielo después de puesto el sol en aquellos abrasados horizontes. El crepúsculo vespertino, que no dura menos de media hora cada tarde, es una inmensa y fantástica cortina de vivísimos colores, que alzándose lentamente sobre la iluminada base del océano, exhibe a los ojos atónitos del observador tan caprichosas formas, tantos matices de suave y atrevido colorido y tantas orlas de púrpura y oro que nacen, se extienden, se recogen y vuelven a aparecer cuando menos se lo espera.»

*

De una ironía sutíl son los recuerdos que hace don Vicente de los más modestos precursores de nuestra pintura. Por ahí nos menciona al maestro Dueñas, quien fué el profesor del más tarde celebrado pintor José Mena, que fué decorador de iglesias.

Al maestro Dueñas se le encargó la decoración de la casa del padrastro de Pérez Rosales, el acaudalado patriota doctor Felipe Santiago del Solar, quien deseaba agasajar con un regio sarao a los héroes de la gloriosa batalla de Chacabuco. De cómo fueron esas decoraciones hechas por el analfabeto maestro Dueñas nos dá cuenta el autor de *Recuerdos del Pasado*, en esta forma: «Dueñas para pintar un árbol comenzaba a trazar en el lienzo, con una regla, una recta perpendicular, color de barro, cogía después una brocha bien empapada en pintura verde, embarraba con ella sobre el extremo de la recta, que él llamaba tronco, un trecho como del tamaño de una sandía, y si al palo aquel con cachiporra verde no le ponía al pie «este es un árbol» era porque el maestro no sabía escribir.»

*

De las faenas agrícolas y las tareas rurales volvía a veces don Vicente al cultivo de la pintura como un medio de ganarse la vida. De pronto lo vemos acometiendo una seria empresa artística: la decoración del Teatro de la Universidad. El único artista que hacía escenografías en la época era el ya citado Mena, que tenía la porfiada chifladura de pintar en todas las decoraciones algo que él llamaba «una cantería».

Estas *canterías* reemplazaban en los telones los árboles, los espejos, las balaustradas, los claro de luna y toda clase de elementos ornamentales.

— Maestro, aquí necesitamos un árbol.

—¿Arbol? . . . , está bien; pondremos una cantería.

— Ahora necesitamos un espejo.

—¿Espejo?... Pues, señor, ¿no sería lo mismo una cantería?

Y dale que dale con su cantería, salía al fin de cuentas el maestro Dueñas con su irreemplazable decorado.

Pues bien, don Vicente hubo de hacerle la competencia a Mena, pintando en colaboración con su hermano Ruperto una decoración completa de un jardín para el Teatro de la Universidad y parece que al público le agradó bastante, a juzgar por los aplausos que éste le brindó el día del estreno.

No fué de la misma opinión del complaciente público, el pintor francés Raimundo Monvoisin, que a la sazón vivía en Chile dedicado a pintar retratos de las personalidades de la alta sociedad santiaguina.

«Monvoisin, dice Pérez Rosales, maestro y amigo, tuvo la bondad de visitar mi taller; mas al encontrarse de manos a boca con un árbol colosal que acababa de pintar para la «Norma», cómo sería su follaje, cuando en vez de saludarme, exclamó con horror: ¡Este no es árbol, esto es ensalada!» Y hay que tener presente cómo pintaba los árboles este neoclásico francés, de ello da buena prueba el magnífico paisaje N.º 273 que se exhibe en el Museo Nacional de Bellas Artes.

Vicente Pérez Rosales, aventurero y genial estudió un tiempo con el maestro de Burdeos, Raimundo Monvoisin. En el Museo de Bellas Artes, además de un paisaje de Valdivia pintado en 1851, rico en detalles y de una bella armonía cromática de verdes y rojos, se conserva un curioso documento del artista colonizador: un cuaderno que es la crónica ilustrada de su patriótica empresa en el sur de Chile.

En este álbum saltan a la vista los croquis de gran soltura y carácter. El dibujo de árboles y arbustos, y lo que más nos ha llamado la atención es una hermosa composición al lápiz en la cual se describe el «Hotel Pérez Rosales», situado en los alrededores de Valdivia: una modesta ruca de madera en la cual el escritor y artista soñó, tal vez, en su labor de fundador de ciudades australes.

Laín Díez

Vicente Pérez Rosales, minero

A Augusto Pinto

1. Chile nació a su vida independiente con una economía de estructura sencilla impuesta por el régimen colonial español. En los albores del siglo XIX la producción estaba escasamente diversificada. Predominaba la minería, principalmente del oro y, en menor escala, del cobre. La agricultura rudimentaria bastaba a satisfacer el consumo de la población; era autosuficiente y dejaba un pequeño saldo exportable, absorbido en su casi totalidad por el Perú. Se componía en su mayor parte de trigo, sebo, legumbres y frutas. En cuanto a la manufactura, ésta era del tipo más primitivo y se reducía al aprovechamiento de residuos de la producción agro-pecuaria. Tenían aceptación en el Perú y en todo el litoral del Pacífico, las velas, las pieles curtidas, conocidas por «cordobanes», y las jarcias.

2. Nos da una idea de la producción agropecuaria de fines del siglo XVIII, y de nuestro intercambio con el Perú, el siguiente cuadro publicado en *El Mercurio Peruano*, en 1793.[1]

EXPORTACION DE CHILE AL PERU

Exportación por Valparaíso:

Trigo	168,000 fanegas,	a	10 reales	$ 210,000
Sebo	20,000 quintales	a	5 pesos	100,000
Cobre	2,000 quintales,	a	9 pesos	18,000
Jarcia	3,000 quintales,	a	10 pesos	30,000
Almendras	6,000 libras,	a	2 reales	1,500
Nueces, orejones, guindas secas, cajas de dulces, orégano, estribos de palo, petacas de cuero, cocos, lentejas, frejoles, cachanlagua, culén, grasa de vaca, velas, charqui, costillares, lenguas secas, guatas, azafrán, anís, hilo acarreto, cueros de vaca, cebada, pescadillas, queso y mantequilla.				30,000
Suma				$ 389,000

[1] Luis Correa Vergara: *Agricultura Chilena*, T. I., p. 48, ed. Nascimento, Santiago, 1938.

Exportación por Coquimbo:

Cobre en barras	7,000 quintales, a 8 pesos	$	56,000
Cobre labrado	10,000 libras, a 3 reales		3,750
Vinos	1,500 botijas, a 5 reales		7,500
Congrios	200 quintales, a 20 reales		4,000
Sebo	500 quintales, a 5 reales		2,500
Cueros de vicuña	1,500 quintales, a 10 reales		1,875
Hilo de acarreto			500
Suma		$	76,000

Exportaciones por Concepción:

Trigo	50,000 fanegas, a 10 reales	$	56,000
Vinos	5,000 botijas, a 7 pesos		35,000
Sebo	1,000 quintales a 5 pesos		5,000
Orégano, cebada, mantequilla, queso, ponchos, etc.			8,000
Suma		$	104,000

Si desglosamos del cuadro anterior el cobre, se obtiene para la exportación de productos agro-pecuarios un valor de *491,75* pesos de 48 peniques.

3. Según investigaciones minuciosas del notable metalurgista Alberto Herrmann, la producción de oro metálico en Chile durante el período comprendido entre 1781 a 1800 se efectuaba a razón de dos mil kilogramos por año, y la plata alcanzaba en promedio cinco mil kilogramos. [2] De estos metales, la mayor parte, previa deducción de los quintos reales, se exportaba al Perú o salía de contrabando hacia otras colonias. El valor de la producción anual de oro para el período señalado, a razón de $ 697.50 oro de 48 peniques el kilogramo, es de $ 1,395,000. El de la plata para el mismo período, a razón de $ 45 oro de 48 peniques el kilogramo, es de $ 225,000. Durante la misma época, el cobre en barras y «pailas» alcanzó

[2] ALBERTO HERRMANN: La producción en Chile de los metales y minerales más importantes, de las sales naturales, del azufre y del guano, desde la Conquista hasta fines del año 1902, p. 13, Impt. Barcelona, Santiago, 1903.

en promedio mil toneladas que, a razón de $ 300 oro de 48 peniques, arrojaban $ 300,000.

Se obtiene así, para la producción minera de fines del siglo XVIII, el siguiente cuadro de valores anuales:

Oro	$	1.395,000
Plata		225,000
Cobre		300,000
Total, en pesos de 48 peniques	$	1.920,000

Dada la incertidumbre de las estadísticas y como hemos tomado un precio del cobre algo inferior al que alcanzaba en las transacciones a que este metal daba lugar en el intercambio con el Perú, podemos estimar el valor anual de la producción minera a fines del siglo XVIII y principios del XIX, en *dos millones de pesos* de 48 peniques.

4. Este valor corresponde casi por entero a la exportación, pues de los metales nobles no se reservaba sino una mínima parte con fines de acuñación de moneda. Deduciendo los quintos reales, el valor disponible para retorno en mercaderías, principalmente de la madre patria, era de un y medio millón de pesos, suma tres veces mayor que la proveniente del saldo exportable de la producción agro-pecuaria. Es decir, en la época en que nuestro país se apronta para zafarse de las cadenas coloniales, la minería en general, y el oro en particular, representa con mucho la fuente más importante de ingresos del comercio exterior. Esta situación no se ha modificado con el transcurso del tiempo: en 1942, la minería, incluyendo el salitre, suministra un retorno equivalente a 531.625,173 pesos de 6 peniques oro (que se reducen a US.$., dividiendo por 4,8425), sobre un total de disponibilidades del comercio visible igual a 703.281,500 pesos. [3] La relación

[2] Calculado sobre la base de los datos contenidos en la *Balanza de pagos de Chile, año 1942*, del Banco Central.

arroja 75,5% a favor de la minería. Sólo se ha modificado la importancia relativa de los metales que originan el retorno.

5. Durante la Colonia y el período insurreccional de la independencia, predomina el oro. El primer tercio del siglo XIX, con el descubrimiento de Chañarcillo, señala el advenimiento de la plata, que alcanza rápidamente su apogeo para declinar con igual celeridad y cederle su puesto al cobre. A mediados del siglo, nuestro país conquista el mercado europeo para este metal y en 1869 ocupa el primer puesto en el mundo con 51,800 toneladas de cobre fino en barras y ejes. Hacia fines del siglo pasado se pronuncia la decadencia de la minería del cobre, período que coincide con el auge del salitre, que hasta la primera guerra mundial representa la principal entrada de Chile y llega a financiar los dos tercios del presupuesto de la nación.

6. Con la Braden Copper Co., en 1904, se inicia un resurgimiento de la minería del cobre. Esta nueva fase se caracteriza por la aplicación de una técnica muy perfeccionada y de una producción concentrada en pocos planteles de gran capacidad. Presenta, además, otro carácter de importancia extraordinaria para nuestra economía: su desarrollo depende exclusivamente del capital extranjero. El salitre sufre un colapso después de aquella guerra por efecto de la competencia de los productos sintéticos, y sólo recupera parcialmente su pasado esplendor mediante la entrega casi total de la industria del salitre al capital monopolista internacional dominado por los Estados Unidos y, en mucho menor escala, por Inglaterra.

7. Fué la decadencia industrial de España, consecuencia de la expulsión de moros y judíos, de la pérdida de las libertades comunales, y del parasitismo teológico-militar, lo que determinó esa necesidad angustiosa de oro para obtener aquello que ya era incapaz de producir en su propio suelo. El oro

llegaba en raudales que no hacían remanso en la economía hispánica y proseguía su carrera para desembocar en los mercados del pujante capitalismo de los Países Bajos, de Francia, de Alemania. Estos derramaban de retorno sus productos en la empobrecida metrópoli del imperio en que no se ponía el sol. Satisfechas ahí a medias las necesidades, partían en los galeones reales, recargados en forma exorbitante por el monopolio, para venderse a las colonias — válganos la figura — a precio de oro. El noble metal y su compañera, la plata, tomaban de regreso los mismos galeones y arribaban a su puerto de tránsito, España, siempre que no les salieran al paso los ágiles corsarios equipados por la protestante Albión, con el fin preciso de arrebatarle a su católica majestad el botín que constituía el fundamento económico del tambaleante poderío español.

8. El impulso especulativo del buscador de oro en el conquistador tenía, pues, una profunda raíz social. Recibía estímulo doble: uno, general, inherente a la propia mentalidad capitalista, y otro, particular, derivado de la situación aflictiva de una economía que buscaba su equilibrio en el oro extraído por esclavos. La consecuencia de aquel conjunto de condiciones es el fetichismo del oro que, mediando el concurso de imaginaciones exaltadas por la fe religiosa, llega al paroxismo durante la Conquista. Se traduce por una explotación inicua del indio aborigen bajo la forma de una esclavitud de látigo y grillete.

9. La Colonia suaviza el régimen con la introducción de una servidumbre peculiar conocida por «demora», que no es sino la reglamentación del tiempo de trabajo en el sistema general de la encomienda. Durante la época de la demora, «los indios debían trabajar sin pago en las provincias del norte y centro, ocho meses del año; en las del sur, por causa de las lluvias, solamente seis meses.»[4] Descontados entre

[4] A. HERRMANN: obra citada, p. 8.

domingos y festivos 87 días, la demora se reducía en el centro a 185 días de trabajo gratuito y obligatorio, y en las provincias del sur a 139 días.

10. Según Herrmann, es este trabajo gratuito de los indios el que explica la producción abundante de oro de lavaderos durante los primeros años de la Conquista y atribuye su rápido descenso después a las guerras con los araucanos, en las que morían a millares los indios auxiliares del ejército español, a la mortandad causada por los trabajos forzados de las encomiendas, y a la viruela, que aparece por primera vez en 1583.

11. La primera producción abundante dió crédito a la leyenda de la riqueza en oro de nuestros lavaderos. Que tal riqueza legendaria no sea sino una ilusión derivada del empleo de trabajo forzado y gratuito, es una verdad corroborada por el propio autor citado con la estadística de producción del célebre lavadero de Marga - Marga. Dominada la sublevación de Michimalonco, Valdivia restableció en 1544 los trabajos en estos lavaderos con ayuda de 500 indios «yanaconas» del Perú. Estos juntaron en nueve meses 23,000 castellanos, o sea, 106 kilogramos de oro. El fruto del trabajo diario de un hombre fué, pues, de 23 centésimos de castellanos con un valor de 62 centavos de 48 peniques. «Este dato prueba que los lavaderos de Marga - Marga no son ricos», apunta Herrmann. Este fruto corresponde a una productividad de 1 y 6 centésimos de gramo por hombre y día, en condiciones anormales, con el látigo del capataz encima y jornadas de sol a sol. Corresponde a una productividad normal de siete décimos de gramo en lavaderos no mecanizados sin más herramientas apropiadas que canaletas cortas o «cunas», seguidas de «chayas», rematadas a su vez por la clásica «poruña». Es un resultado pobrísimo, que sólo afrontan hoy hombres desesperados por la cesantía o la pérdida de las cosechas en años secos.

12. Vicente Pérez Rosales nació, pues, bajo el signo del oro. Su importancia preponderante como fuente de retorno bajo la forma de los productos manufacturados más indispensables para una civilización rudimentaria, se acrecentó de golpe no bien la oligarquía criolla se vió libre de las trabas coloniales y rompió el monopolio del comercio exterior impuesto por la España monárquica feudal. El fetichismo del oro tomó una forma ya más concreta y de realización más inmediata y halagüeña para la oligarguía de nuevo cuño, que ahora podía importar cuánto quisiese del extranjero y derrochar a montones el oro en viajes por Europa y en apertrecharse de cuanto puede apetecer la sensibilidad humana.

13. Nuestro héroe siente la llamada del oro con intensidad acrecida por el cambio brusco de condiciones sociales, que viene a sumar su influjo a las recónditas predisposiciones atávicas elaboradas en el transcurso de la época reseñada, sobre el fondo común de la mentalidad mercantil. No es extraño, pues, que su primera y brevísima fase minera se dedique al oro. Se inicia en faenas mineras situadas «en los cerros costinos de la vieja Colchagua». Esta zona, como en general todo el centro de Chile, nunca fué muy aurífera, si la comparamos con el «norte chico». Las vetas son por lo común angostas o, si anchas, de baja ley; la mineralización «rentable» no profundiza, y sólo pudo acometerse su explotación gracias a la demora.

Pagó el noviciado como la mayoría de los aventureros que, sin ciencia ni experiencia, se lanzan por los derroteros del oro sin más lastre que su entusiasmo espoleado por las leyendas u ofrecimientos tentadores, encubridores de más de un engaño premeditado.

En sus recuerdos, no encontramos sino meras y fugaces referencias al trabajo mismo. Entra en escena el «apir», que le sirve de punto de partida para hilvanar anécdotas sin mayor importancia y sin relación alguna con la técnica de producción o con el factor humano.

14. Trascurren algunos años en que sólo demuestra por el arte de los metales un interés distante provocado las más de las veces por el rápido desarrollo de algunos asientos mineros del recuesto argentino, como Chilecito de Famatina, en La Rioja. En sus correrías de una a otra banda por los pasos cordilleranos suele tropezar con «rodados» y hasta localiza «vetas» y «vetarrones»; pero aunque le llaman la atención y anota el caso, no apunta distancias ni lugares de referencia. Ni aun cuando las circunstancias del descubrimiento sean extraordinarias, como al percatarse de que su campamento es una roca de piedra imán, tal vez magnetita, porque «al ensillar mi caballo una mañana, vine a conocer por la resistencia que opuso el freno a separarse del suelo que el piso negro y liso donde habíamos alojado, no era otra cosa que una enorme masa de fierro magnético».

Sin embargo, el historiador que alentaba en él — su abuelo paterno, José Pérez García, dejó manuscrita una voluminosa historia de Chile — tiñe de mayor colorido e interés objetivo sus observaciones. Y su sentido «baqueano» del rumbo y de las distancias, afinado por el continuo traslomar de la cordillera para internarse ora en la pampa ora en nuestros angostos y escarpados valles, le permite establecer los errores del geógrafo Napp tocante a las dimensiones en longitud del macizo andino.

En este intermedio introduce otro personaje minero, la «vinchuca», insecto asqueroso, cuyo contacto aunque sólo sea en la imaginación, basta para poner la carne de gallina. Lo sabemos cuántos hemos sentido los efectos ponzoñosos e irritantes de su silenciosa picadura.

15. El 28 de Agosto de 1846, hace un siglo, cuando ya bordeaba los cuarenta y más de una cana peinaría, con arrugas surcando el curtido rostro, se embarca rumbo a Copiapó, escenario del segundo acto de sus andanzas mineras. El colorido sube de punto y nos deja en sus recuerdos páginas de una fuerza descriptiva vigorosa y evocadora. Hacemos el

mismo reparo anterior: se concentra en lo anecdótico. La técnica de producción, el factor humano, se le escapan. Los únicos caracteres que capta, muy a lo vivo, el barretero ingenuo, la zamba ladina y su madre alcahueta, son tristes ejemplos de humanidad y no reflejan por cierto el grado de conciencia social del minero nortino de aquella época. Sólo el folklore se ha enriquecido con este aporte.

Nuestro autor tampoco alcanza la destreza revisteril de su contemporáneo Jotabeche, de más suelto y galano estilo, aunque más distante, altanero y escéptico para juzgar hombres y cosas.

Frente al costumbrista mordaz y al aristócrata minero de aquel período, Vicuña Mackenna y Sarmiento son gigantes: el primero, por su espíritu sistemático de historiador de los metales, capaz de vincular al desarrollo material la vida de personajes esforzados, así fueran de la clase acomodada o del pueblo — su admirable semblanza del «cateador» es una página de antología; el gran argentino, porque cala en el fenómeno social que lo circunda y percibe claramente la importancia de la cultura como instrumento y factor de progreso en la producción:

«¡Para manejar la barreta, decía en su polémica con Alberdi, se necesita aprender a leer! En Copiapó se paga 14 pesos al barretero rudo... y 50 pesos al barretero inglés que, merced a saber leer, se le encomiendan las cortadas, socavones y todo el trabajo que requiere el uso de la inteligencia. ¡Para manejar el arado se necesita saber leer...! Sólo en los Estados Unidos se han generalizado los arados perfeccionados, porque sólo allí el peón que ha de gobernarlos sabe leer. En Chile es imposible por ahora (1853) popularizar las máquinas de arar, de trillar, de desgranar maíz, porque no hay quién las maneje, y yo he visto en una hacienda romper la máquina de desgranar en el acto de ponerla en ejercicio.» [5]

[5] SARMIENTO: *Las ciento y una*, p. 114, Sopena, 2.ª ed., B. A., 1941.

16. Ciertamente, pero se le fué al ilustre otrabandeño un dato: la diferencia entre los 14 pesos del rudo barretero y los 50 pesos del barretero inglés no son estrictamente proporcionales a su respectiva competencia y eficacia en el proceso del trabajo. Interviene un coeficiente de diferenciación social. El barretero, y generalizando, el minero aborigen, podrá rivalizar con el importado y aun superarlo, sin que la paga llegue al mismo nivel. En las actividades controladas por el capital extranjero el contraste es más notorio aún y en ocasiones linda en lo grotesco. Este capital no emigra si no encuentra mano de obra barata, para explotar. La deficiencia cultural se suple con la importación de algunos obreros especialistas y de técnicos que ocuparán las posiciones claves. A medida que el proceso educativo progresa, el especialista extranjero es sustituído por el aborigen, que desempeñará el mismo trabajo por mucho menor paga. Y en cuanto a los «key-men», seguirán siendo extranjeros. No conviene que los nativos se familiaricen con el manejo de los hilos motores. Siempre hay el peligro de alguna reacción del sentimiento nacional que puede cohesionar en un solo haz a profesionales, técnicos y obreros. ¡Nunca se sabe!

17. En esta segunda etapa salen a flor dos personajes más. El «cangallero» y el «poruñero». Aquél es el contrabandista de las minas. Compra la «pella», oro o plata, que el barretero junta en el laboreo subterráneo y saca al sol burlando la vigilancia de patrones y capataces. Este contrabando era vendido por el cangallero — del famoso Méndez Cangalla — en las casas compradoras de minerales. Los metales «piratas» levantaron fortunas, entre otras la del Banco Edwards.

El poruñero es el que maneja la «poruña». Pérez Rosales denigra este instrumento rústico admirable, que todo minero chileno sabe manipular con destreza pasmosa. Nuestro pseudominero desahoga las amarguras de su segundo fracaso y culpa de ello a este inocente cacho de novillo, indispensable

auxiliar del minero pobre que defiende la «ley» de sus «entregas» contra la codicia del comprador. Justo es reconocer que la poruña defiende al «agente» cuando el minero pide anticipo sobre su «lote» que está en «recargo» y no puede procederse de inmediato al muestreo y ensaye regulares, operaciones prolijas y demorosas.

18. Llegamos al último acto de la comedia minera, que por poco tiene un desenlace más propio de tragedia en las correntosas aguas del río de los Americanos, afluente del Sacramento. Nos encontramos en California.

Ahora sí que da nuestro héroe toda la medida de su gran talento descriptivo. Parece como que la fábula, la novela y la realidad se fundieran armoniosamente en su ágil narración de los episodios que componen la última calaverada de su vida. Pero todo es realidad. Pérez Rosales tiene un mérito indiscutible: su honradez de observador inteligente y de juicio ecuánime. Pues ahora juzga. Y reflexiona. Aunque no calen hondo, sus juicios, pese a las limitaciones de su clase, pacata y adinerada por añadidura, son certeros. Sabe situarse y tomar perspectiva. Esto siquiera ganó en sus años de mocedad al calor de las ideas liberales de la ciudad luz. Sólo un cambio violento de clima y paisajes, el entrechocar de múltiples civilizaciones, el torbellino de aventureros sin dios ni ley, despertaron sus facultades embotadas por sociedades chatas y de culturas mal diferenciadas todavía.

19. La colonización que se desarrolla con vertiginosa rapidez bajo sus ojos atónitos, de la que no es sólo testigo sino actor, y actor de múltiples recursos, hasta despliega innegables dones de cocinero, le deja saludables enseñanzas, pese al fracaso de sus ilusiones de rápido y portentoso enriquecimiento. Es como un ensayo preparatorio de aquella otra colonización, que aun no presiente, y que constituirá su más justo título de gloria.

Pero hay un detalle todavía que conviene sacar a luz. De California trajo la «cuna», en la cual, son sus palabras, «meciendo con amor al niño oro, le vimos crecer como un portento.» Su descripción es clásica: «Este ingenioso y sencillísimo aparato, que reune todas las ventajas de una *poruña* minera de colosal escala, se reduce a una cuna ordinaria, de vara y media de largo...», a qué seguir.

Todo minero que presencia con dolor la desorganización de una economía debe guardar una gratitud inmensa para con el chileno andariego que nos trajo la noticia y la descripción de la cuna. El «ingenioso y sencillísimo aparato» ha salvado millares de hombres, los del éxodo del colapso salitrero, de la oprobiosa mendicidad, de la explotación infame de los albergues oficiales y de la denigrante caridad privada.

*

Junto a las arenas removidas del arroyo, la fiel compañera del lavador mece al niño de tez morena al compás de la cuna del niño de oro. Ambos crecen; pero el futuro será del niño de carne y hueso. Ya no será la cuna su herramienta de salvación. Habrá ganado en poder y en libertad; sabrá defender sus conquistas al compás de aires marciales y levantará muy en alto su cabeza soñadora.

Septiembre de 1946.

★

¿Qué razón tendrá la humanidad para erigir estatuas a los seres que se adiestran en hacer y en usar máquinas para acortar la vida, y no a aquellos que se desvelan en hacerlas para prolongarla?

...la Iglesia y la riqueza nunca olvidan sus tendencias invasoras.

Vicente PEREZ ROSALES.

Euclides Guzmán

Cuando en Chile se prefabricaban casas

De los *Recuerdos del pasado*, de Pérez Rosales, pienso que puede ser interesante destacar un detalle que, diré desde luego, tiene muy poco que ver con el libro mismo. Este es un detalle que no he visto nunca citado y que me parece extraordinario.

Cuando Pérez Rosales relata su estadía en California con sus hermanos, comenzada en 1849, entre tantos otros aventureros que soñaban enriquecerse de súbito, se refiere al problema de la escasez de viviendas en las ciudades y pueblos que allí se improvisaban con actividad febril. Y dice en la página 337 (Ed. del Centenario): «Recuerdo que vista la escasez de los medios de construcción, se pidieron casas hechas a Chile, y que cuando éstas llegaron, abundaban ya en tanto grado en San Francisco [ha descrito ya la rapidez con que crecía esta ciudad] que los que las habían encargado tuvieron que pagar para que alguno se hiciese dueño de ellas y se encargase de desembarcarlas. Yo soy testigo y víctima de lo que refiero.»

Así, simplemente, «se pidieron casas hechas a Chile, y cuando llegaron...», etc. Como quien encarga dos sacos de trigo. Es curioso que Pérez Rosales no dé más detalles al respecto, cuando lo hace a menudo refiriéndose a cosas menos interesantes y cuando parece que a él y a sus hermanos les agradaba mucho la carpintería. Porque no se explica de otro modo que hiciesen allí en California, martillo y serrucho en mano, «cuyo uso les era familiar», algunas construcciones de madera, entre ellas un hotel o restaurante, en busca de nuevas aventuras.

Chile o los chilenos han sido los primeros en hacer muchas cosas, no siempre de tanto interés — al menos para mí o para los arquitectos — como ésta. Respecto al mismo lugar de California y de la misma época del oro, les gusta mucho decir a los nuestros que fueron chilenos los que fundaron las ciudades de Marysville y Washington (al norte de San Francisco), y que esta última todavía tiene calles con nombres chilenos, como Blanco, Bulnes, Matta, Cochrane. Incluso respecto del mismo problema de la vivienda, Chile fué uno de los primeros países de América, si no el primero, que legisló en ese sentido, hace ya un buen tiempo, en el año 1906 (Ley N.° 1838). Pero no sabíamos que a mediados del siglo pasado pudiesen encargarse a Chile casas prefabricadas.

Este dato tan escueto que nos da Pérez Rosales en su libro — escueto porque tal vez entonces no significaba nada extraordinario — puede ser de una gran utilidad hoy día para nosotros, cuando, sin que las ciudades sean improvisadas como en California ni la gente espere enriquecerse en ellas con facilidad, el problema de la vivienda es tan urgente como entonces. Ahora, cuando Chile envía técnicos a Estados Unidos de N. A. para que vean cómo se hacen casas prefabricadas, habiendo olvidado que en otra época era capaz de proveer de ellas a una ciudad de este mismo país. Convendría tal vez investigar a fondo en este hecho y saber cómo se procedía entonces, que es posible que ello pudiera servirnos hoy día. Se dice que a veces períodos enteros de una civilización pueden ser olvidados. Qué tanto sería entonces que a nosotros se nos hubiese olvidado cómo hacíamos las casas prefabricadas.

Filadelfia, Julio de 1946.

★

Las ofensas literarias, cuando hieren el amor propio, asumen siempre el carácter de imperdonables.

Vicente PEREZ ROSALES

Enrique Espinoza

Reconocimiento argentino

Ahora que los *Recuerdos del pasado* se publican en Buenos Aires y el nombre de su autor, Vicente Pérez Rosales, aparece junto al de Sarmiento, entre los forjadores de la gran tradición espiritual chileno-argentina, es oportuno destacar aquí dos o tres testimonios del magnífico libro acerca de otros tantos personajes o acontecimientos de las antiguas Provincias Unidas del Río de la Plata.

En primer término, el encuentro en París, allá por el año 1829, del joven Pérez Rosales con el entonces olvidado general San Martín, amigo de sus familiares de Santiago, en los días de júbilo que siguieron a la victoria de Chacabuco.

Muy pocas páginas le bastan, medio siglo más tarde, al viejo memorialista para transmitirnos su impresión directa, inmejorable, del glorioso capitán de los Andes: «el soldado que desechó en Chile una presidencia y en el Perú una corona», según sus propias palabras.

Al sereno planteo del fusilamiento de los hermanos Carrera en Mendoza — trágico episodio al que de niño asiste involuntariamente Pérez Rosales —, sigue un fino elogio de la indudable honradez del notorio amigo de O'Higgins, a raíz de las calumnias lanzadas contra su figura por los carreristas.

La parte pertinente del capítulo quinto de los *Recuerdos del pasado*, concluye a este propósito:

«Yo conocía la pureza de San Martín en el manejo de los dineros que corrían por su mano; pero ignoraba muchos de sus rasgos de generoso desprendimiento en obsequio del mismo país por cuya libertad lidiaba. Ignoraba que los diez mil pesos, suma enorme entonces, obsequiados al héroe por el cabildo de Santiago para costear su viaje a Buenos Aires,

después de la batalla de Chacabuco, los había éste cedido para que con ellos se echasen los primeros cimientos de nuestra actual Biblioteca Nacional, y entre otras generosidades de aquella hermosa alma, ignoraba también que hasta el fomento de la vacuna costaba a San Martín la tercera parte de los productos de un fundo rústico que poseía en Santiago, y San Martín era pobre!»

La inmensa simpatía de Pérez Rosales por el ídolo argentino lo lleva poco a poco a hacerse partícipe del crédito moral que concede a Rosas *el Santo de la Espada*. Y más papista que el Papa, defiende asimismo la soberanía «otra-bandeña» contra la propia Inglaterra, cuya perfidia en América no pierde nunca ocasión de señalar:

«Ya sabemos cuáles fueron las pretensiones argentinas al dominio de las Malvinas después de la lucha de la Independencia, como sabemos también el caso que hicieron de ella los ingleses, quienes, a pesar de las protestas de la República, tomaron posesión definitiva de las islas cuestionadas en 1833.»

Menos amplio resulta luego nuestro autor en un tardío eco que hace a los epígonos de don Andrés Bello contra la fecunda emigración argentina en Chile. Una injusticia de Tejedor, que se improvisa crítico de teatro en Santiago, lo torna injusto a su vez.

Si bien Pérez Rosales no deja de darse cuenta del abismo que media entre «el ingenio y la chispa de Sarmiento y la necia opacidad de Tejedor», generaliza demasiado la influencia negativa de la ilustre emigración a que ambos pertenecían con Mitre, Alberdi, López y Gutiérrez.

(A este último, fundador y director de la Escuela Náutica de Valparaíso, debemos la publicación en dicho puerto, hace justamente un siglo, de *América poética*, primera colección de versos de todo el continente, que incluye un prólogo elogiado por el propio don Andrés Bello).

En verdad, por aquella época, el futuro colonizador, aun prefería la brocha del escenógrafo al lápiz del periodista. Y

cuando el donoso Aristarco del Plata encuentra un mapa de la América del sur que pinta Pérez Rosales parecido a un jamón, éste consigue acallarlo poniendo en el mismo lugar un chivo romántico inconfundible...

Sin embargo, andando el tiempo, el pintor convertido a su turno en periodista vuelve con la pluma sobre aquel primitivo agravio a su brocha y copia como muestra de lo que tejía nuestro Tejedor su impagable definición de la música.

Ya en 1846 se alegra de verlo irse con ella a otra parte, perseguido por un periódico socarrón y festivo que llama *El Mosaico*, y que lo era de cascote puro — en verso, sobre todo —, contra el pobre proscrito argentino.

Este recelo y algunos galicismos — que al decir de Lugones, el más alto defensor de aquella inmigración, el propio Cid cometía — explican si no justifican también cierta benévola inclinación de Pérez Rosales hacia el dictador ultrapampeano.

Con todo, a la caída de Rosas, el aristócrata chileno no acepta escribir el folleto «analítico-moral» que le propone interesado un rico comerciante de Montevideo. Visita, eso sí, al ex-tirano en Southampton y comprueba su «manía de creer que era imposible que los argentinos pudiesen vivir en paz bajo otro sistema que el absoluto... y que era también imposible que el escaso juicio que aún se complacía en reconocerles no les obligase a llamarle de un instante a otro».

Pero si al fin, Pérez Rosales, algo alega en favor de aquel ocioso y contumaz Salvador de la Patria, en cambio no le ahorra fuego al retrato que nos deja de su digno representante mendocino, el célebre fraile Aldao:

«Era éste aquel terrible y obeso frailón franciscano, cuyo sanguinario arrojo había a todos espantado, cuando en calidad de segundo capellán del Ejército de los Andes, al mando del general San Martín, se presentó al coronel Las Heras, bañado en sangre vertida por su propia mano en el encuentro de la Guardia Vieja, camino de Uspallata.

»Sátiro arrojado y brutal en sus primeros años; granadero feroz y sanguinario después, un verdadero amor, ¡quien lo creyera!, había dominado a aquella fiera, y tranquilo, aunque mal casado, hubiera permanecido en Chile, si según lo he oído de su propia boca, la Curia eclesiástica no le hubiese lanzado de nuevo en aquel mar de aventuras, en el que había consumido ya los dos primeros tercios de su borrascosa vida.

»La vejez, cuando ocupó el mando de la frontera del sur, había ya gastado su energía y trocado en el año de 1837 aquel valor de probado granadero, que a todos espantaba en sus primeros tiempos, en la timidez de la más injustificable cobardía. Temía le asesinasen; de todos a un tiempo desconfiaba, y era contado el desconocido en quien no creyese adivinar un unitario.»

¿Cómo no estarle agradecido, pues, al gran viejo chileno por la pintura de tal angelito del cielo rosista? Si hubiera conocido aquí de visu tantos lugartenientes del implacable tirano como adversarios galicistas, de seguro se habría formado un juicio más ecuánime de estos eternos perseguidos. ¿No fué, acaso, en sus filas donde halló Pérez Rosales el compañerismo de Sarmiento, después de Caseros, y la perdurable amistad de don Domingo de Oro?

¡Qué mucho entonces que, a pesar de todas las diferencias, los *Recuerdos del pasado* hagan pareja hoy a los *Recuerdos de Provincia* de uno y otro lado de los Andes!

★

Constante refugium peccatorum *para peruanos y para argentinos, Chile ha sido para ambos lo que el tabladillo de salvamento en las plazas de toros para el apurado toreador, que espada o garrocha en mano, provoca la ira del toro que lo persigue.*

Vicente PEREZ ROSALES

Indice alfabético del volúmen IX de BABEL

N.os 34, 35 y 36

AMSTER, Mauricio / *La rama y el retoño* 60

CLARIANA, Bernardo / *Oidlos cantar por la Casa de Campo* . . . 32

DABIT, Eugene / *El Greco y Velázquez* 107

DIEZ, Laín / *Pérez Rosales, minero* 149

ESPINOZA, Enrique / *Conciencia histórica* 17

Recuerdo a Eugène Dabit 104

Reconocimiento argentino 163

FRANCO, Luis / *Don Paquito* 14

Tierra nuestra 97

San Martin y un testimonio chileno 143

GONZÁLEZ VERA / *Mis relaciones con la religión* 80

Vicente Pérez Rosales 113

GUZMÁN, Euclides / *Yo lo sabía* 99

Cuando en Chile se prefabricaban casas 161

KOESTLER, Arthur / *La sedición* 3

LIRA, Armando / *Pérez Rosales, dibujante y pintor* 145

MONTENEGRO, Ernesto / *Los Recuerdos del pasado* 140

PASOS, Joaquín / *Construcción de tu cuerpo* 78

RAHV, Philip / *Sobre la decadencia del naturalismo* 65

ROJAS, Manuel / *Diez años* 24

SHEEAN, Vincent / *El último voluntario* 34

VALLE, Juvencio / *Laurel a Pasionaria* 22

Se ruega a los suscriptores avisar sus cambios de domicilio.
Aquellos que no manifiesten por escrito su deseo de que se les borre de nuestros registros serán considerados suscriptores durante el año próximo. — EL GERENTE.

BABEL

Revista de Arte y Crítica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera, Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número.	$ 10 m/ch.
Suscripción a 6 números.	$ 50 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número.	0,35 u/s.
Suscripción a 6 números.	1.80 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.
Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

CORRECTA PORQUE ES

PERFECTA

KERRY
CAMISAS

EL LIBRO TRADICIONAL

RECUERDOS DEL PASADO

de **Vicente Pérez Rosales**

Cuarta edición con un índice analítico a cargo de

J. S. González Vera

La celebrada autobiografía cuyas páginas — frescas, animadas, graciosas — dan la medida de la existencia dinámica y aventurera del autor, y son un cuadro lleno de colorido de las cosas de la Patria Vieja, de la dorada California y de otros ambientes evocados con igual maestría. Don Miguel de Unamuno expresó de esta obra que era una de las más amenas y de más positivos méritos literarios que había leido.

ES UN VOLUMEN DE LA

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS

PRECIO $ 35.—

En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D. *Santiago de Chile*

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE